

la más completa y de mayor alcance de las fuerzas globales que están remodelando nuestras
combinación de historia, ciencia política y economía que arroja nueva luz sobre los cambios que

Joseph Nye, Harvard University

un completo acerca de la globalización y fundamentado en una cuidadosa investigación, en el
ponen con precisión y después se comprueban, y donde las conclusiones fluyen de los hechos.
consideración de lo que ha logrado y no ha logrado la globalización hasta la fecha, por lo que
cial para cualquiera que intente comprender cómo incide el mundo en nuestras vidas.

Michael Mann, University of California at Los Angeles

ro de lo más impresionante de los complejos procesos políticos, económicos y culturales que
mundo donde vivimos. Los autores cuestionan en forma crítica el término *globalización*, del
y demuestran, de manera muy convincente y amena, nuestra necesidad de dar una respuesta
a las fuerzas que transforman la sociedad en diferentes escalas.

Peter Dicken, University of Manchester

o indispensable para optimistas y pesimistas por igual.

Will Hutton, *The Observer*

a, proyecta nueva luz sobre los complejos procesos que remodelan el mundo contemporáneo.
cia, los debates en torno a la *globalización* y acerca de si implica el fin del Estado-nación han
la mera polémica y la confusión. Este libro supera esto. Fundamentado en muchos años de
línea la forma y el alcance de la globalización, a la vez que ofrece una exposición muy completa
material de manera clara y accesible.

noción de *globalización* y coloca los desarrollos contemporáneos en un contexto histórico.
tallados del modo en que la fase actual de la globalización está transformando las sociedades
de la política, la economía, la cultura y la comunicación, la migración, así como los problemas
legales y militares. Al basarse en una recopilación peculiar de datos, explica detalladamente el
cambio en cada una de estas esferas. A lo largo del texto, los autores sacan a la luz las implicaciones
la soberanía y la autonomía de los Estados modernos y para las prácticas de la política y la

s sistemática acerca del proceso de globalización. Será esclarecedor no sólo para académicos y
n para políticos, administradores y para todos los interesados en las profundas transformaciones
a influencia sobre las sociedades.

sor de política y sociología en la Open University. Anthony McGrew es profesor de relaciones
ampton University. David Goldblatt es conferenciante de ciencias sociales en la Open University.
conferenciante de economía en la Sheffield University.

ISBN 970-613-588-X



917897061135889

30.482
H74t
ej.
PISO_2

Transformaciones
globales

Política, economía y cultura

Transformaciones globales

Política, economía y cultura



**David Held, Anthony McGrew,
David Goldblatt y Jonathan Perraton**

OXFORD

El ESRC (asignación número R000 23 3391) proporcionó los fondos para la investigación y estamos muy agradecidos por la oportunidad que nos brindó, así como por la excelente guía para la investigación que provino de fuentes anónimas.

Después de obtener los fondos para el proyecto, la conversación entre David Held y Anthony McGrew se amplió más allá de las fronteras disciplinarias para abordar la gama de problemas apremiantes que creaba el programa de la investigación. David Goldblatt aportó al proyecto sus antecedentes en teoría social y la política ambiental, mientras que Jonathan Perraton se unió al proyecto en calidad de economista. Ambos contribuyeron al marco de referencia intelectual del proyecto, así como a cada aspecto del programa de investigación. Fue un esfuerzo verdaderamente de grupo, y el resultado es una síntesis de nuestros conocimientos colectivos.

Muchas personas contribuyeron a la producción del libro. Anne Hunt nos brindó un extraordinario apoyo en el procesamiento y reprocesamiento del enorme manuscrito; Ray Munns trazó una y otra vez los mapas y las figuras con una paciencia excepcional, en vista de las especificaciones cambiantes; Rebecca Hunt nos brindó una inapreciable ayuda en la creación de las bases de datos para el libro; Brenda Martin nos brindó una ayuda muy necesaria en la investigación durante las etapas finales del proyecto; Julia Harsant, Sue Pope y Gill Motley siguieron el proceso de la publicación del manuscrito con gran escrupulosidad y cuidado; Ann Bone revisó el texto con una paciencia y una diligencia extraordinarias; Serena Temperley contribuyó, con gran habilidad, para que el libro avanzara a lo largo del proceso de producción, y Jane Rose intervino en la preparación de los planes para que esta obra atrajera la atención de un amplio número de lectores. Estamos muy agradecidos con todas estas personas y con los muchos colegas, amigos y miembros de la familia que nos brindaron su apoyo, su consejo (y por lo común) sus críticas constructivas.

Introducción

La globalización es una idea, y su momento ha llegado. Desde sus oscuros orígenes en los textos franceses y estadounidenses en la década de 1960, el concepto de globalización hoy encuentra su expresión en los principales idiomas del mundo (Modelska, 1972). No obstante, carece de una definición precisa. En efecto, la globalización corre el riesgo de convertirse, si no es que ya se ha convertido, en el cliché de nuestros tiempos: la gran idea que lo abarca todo, desde los mercados financieros hasta Internet, pero que ofrece muy poca comprensión de la condición humana contemporánea.

No obstante, los clichés a menudo captan elementos de la experiencia vivida de una época. A este respecto, la globalización refleja una percepción muy común de que el mundo se está moldeando rápidamente hasta convertirse en un espacio social compartido por fuerzas económicas y tecnológicas, y de que los desarrollos en una región del mundo pueden tener profundas consecuencias para las oportunidades de vida de los individuos o las comunidades en el otro extremo del planeta. Para muchos, la globalización también está asociada con un sentimiento de fatalismo político y de inseguridad crónica, en el sentido de que el nivel del cambio social y económico contemporáneo parece superar la habilidad de los gobiernos o de los ciudadanos nacionales para controlarlo o debatirlo, o para resistirse a él. En otras palabras, los límites a las políticas nacionales están determinados forzosamente por la globalización.

Aun cuando la retórica popular de la globalización puede capturar aspectos del *Zeitgeist* (espíritu del tiempo) contemporáneo, hay un floreciente debate académico acerca de si la globalización, como construcción analítica, produce cualquier valor adicional en la búsqueda de una comprensión coherente de las fuerzas

históricas que están modelando, en los albores del nuevo milenio, las realidades sociopolíticas de la vida cotidiana. A pesar de una vasta bibliografía en expansión, es sorprendente que no haya una teoría convincente de la globalización, y ni siquiera un análisis sistemático de sus características principales. Además, muy pocos estudios de la globalización ofrecen un relato histórico coherente que distinga entre los acontecimientos transitorios o inmediatos y los desarrollos que señalan la aparición de una nueva coyuntura; es decir, una transformación de la naturaleza, la forma y las perspectivas de las comunidades humanas. Al reconocer las deficiencias de los enfoques existentes, este libro trata de desarrollar una descripción distintiva de la globalización, que tiene a la vez una base histórica y que está caracterizada por un riguroso marco de referencia analítico. El marco de referencia se explica en la introducción, mientras que los capítulos siguientes lo aplican para narrar la historia de la globalización y para evaluar sus implicaciones para el gobierno y la política de los Estados-nación actuales. A este respecto, la introducción proporciona el fundamento intelectual para abordar los aspectos fundamentales que le dan vida a todo lo largo del estudio:

- ¿Qué es la globalización? ¿Cómo debe conceptuarse?
- ¿Representa la globalización contemporánea una condición novedosa?
- ¿Está asociada la globalización con la desaparición, el resurgimiento o la transformación del poder del Estado?
- ¿Impone la globalización contemporánea nuevos límites a la política? ¿Cómo podemos "civilizar" y democratizar la globalización?

Como muy pronto será evidente, estas preguntas están en la raíz de muchas controversias y debates que encuentran su expresión en los estudios contemporáneos acerca de la globalización y sus consecuencias. En las siguientes páginas se ofrece una manera de pensar acerca de cómo podría responderse a estas preguntas.

El debate de la globalización

Para comenzar, podría pensarse en la globalización como la ampliación, profundización y aceleración de una interconexión mundial en todos los aspectos de la vida social contemporánea, desde lo cultural hasta lo criminal, desde lo financiero hasta lo espiritual. El hecho de que los programadores de computadoras en la India ahora les entreguen servicios en el tiempo real a sus patrones en Europa y Estados Unidos de América, mientras que los cultivadores de amapola en Birmania pueden vincularse con el abuso de drogas en Berlín o en Belfast, ilustra las formas en las cuales la globalización contemporánea conecta las comunidades en una región del

mundo con los desarrollos en otro continente. Pero, más allá de un reconocimiento general de la intensificación real o aparente de la interconexión, hay un desacuerdo considerable acerca de la forma en la que puede conceptuarse mejor la globalización, de cómo debemos pensar acerca de su dinámica causal y de cómo debemos caracterizar sus consecuencias estructurales, si las hay. Se ha desarrollado un intenso debate sobre estos aspectos, en el que es posible distinguir tres grandes escuelas de pensamiento, a las que nos referiremos como *hiperglobalizadoras*, *escépticas* y *transformacionistas*. En esencia, se podría decir que cada una de estas escuelas representa una descripción particular de la globalización, un intento por comprender y explicar este fenómeno social.

Para los hiperglobalizadores como Ohmae, la globalización contemporánea define una nueva era en la cual los pueblos en todo el mundo están cada vez más sujetos a las disciplinas del mercado global (1990; 1995). En contraste, los escépticos como Hirst y Thompson sostienen que la globalización es esencialmente un mito que oculta la realidad de una economía internacional cada vez más segmentada en tres bloques regionales importantes, en los que los gobiernos nacionales siguen siendo muy poderosos (1996a; 1996b). Por último, para los transformacionistas, dos de cuyos representantes principales son Rosenau y Giddens, las pautas contemporáneas de la globalización se conciben como algo históricamente sin precedentes, de manera que los Estados y las sociedades en todo el planeta experimentan actualmente un proceso de cambio profundo, a medida que tratan de adaptarse a un mundo más interconectado, pero sumamente incierto (Giddens, 1990, 1996; Rosenau, 1997).

Es interesante observar que ninguna de estas tres escuelas explora directamente las posturas ideológicas o las perspectivas mundiales. Dentro del campo de los hiperglobalistas se pueden encontrar concepciones ortodoxas neoliberales de la globalización junto con las marxistas, mientras que entre los escépticos las descripciones conservadoras, así como las radicales, comparten concepciones similares de la naturaleza de la globalización contemporánea y de sus conclusiones. Además, ninguna de las grandes tradiciones de la investigación social, liberal, conservadora y marxista, tiene una perspectiva compartida de la globalización como fenómeno socioeconómico. Entre los marxistas, la globalización se entiende en formas bastante incongruentes, por ejemplo, como la extensión del monopolio del imperialismo capitalista o, alternativamente, como una nueva forma de capitalismo globalizado (Callinicos y otros, 1994; Gill, 1995; Amin, 1997). Asimismo, a pesar de sus presupuestos ampliamente ortodoxos y neoliberales, Ohmae y Redwood elaboran descripciones y conclusiones muy diferentes de la dinámica de la globalización contemporánea (Ohmae, 1995; Redwood, 1993). Entre los hiperglobalizadores, los escépticos y los transformacionistas hay una gran diversidad de aproximaciones intelectuales y de convicciones normativas. No obstante, a pesar de esta diversidad,

cada una de tales perspectivas refleja una generalidad de argumentos y conclusiones acerca de la globalización en lo que concierne a lo siguiente:

- su concepto
- su dinámica causal
- sus consecuencias socioeconómicas
- sus implicaciones para el poder del Estado y el gobierno
- su trayectoria histórica

Es útil profundizar en la estructura del discurso dentro de las distintas propuestas y entre las mismas, ya que ello dará claridad a los aspectos fundamentales que están en juego en el debate de la globalización.¹

La tesis hiperglobalista

Para los hiperglobalizadores, la globalización define una nueva época de la historia humana, en la cual los "Estados-nación tradicionales se han convertido en unidades de negocios no viables, e incluso imposibles, en una economía global" (Ohmae, 1995, p. 5; Wriston, 1992; Guéhenno, 1995). Tal punto de vista de la globalización por lo general está a favor de una lógica económica y, en su variante neoliberal, celebra el surgimiento de un solo mercado global y el principio de la competencia global como los heraldos del progreso humano. Los hiperglobalizadores sostienen que la globalización económica produce una "desnacionalización" de las economías mediante el establecimiento de redes transnacionales de producción, comercio y finanzas. En esta economía "sin fronteras", los gobiernos nacionales quedan relegados a poco más que bandas de transmisión del capital global o, en última instancia, a simples instituciones intermedias insertadas entre mecanismos de gobierno local, regional y global cada vez más poderosos. Como lo expresa Strange, "las fuerzas interpersonales de los mercados mundiales son en la actualidad más poderosas que los Estados a los que se supone que pertenece la máxima autoridad política sobre la sociedad y la economía; el poder declinante de los Estados se refleja en una creciente transferencia de la autoridad hacia otras instituciones y asociaciones y hacia los organismos locales y regionales" (1996, p. 4; Reich, 1991). A este respecto, muchos hiperglobalizadores comparten la convicción de que la globalización económica construye nuevas formas de organización social que

¹ Las propuestas que delineamos a continuación incluyen resúmenes de las distintas maneras de pensar acerca de la globalización: no representan en forma cabal las posiciones particulares y las múltiples diferencias entre los teóricos mencionados. El propósito de la presentación es poner de relieve las principales tendencias e imperfecciones en el debate y la bibliografía actuales.

reemplazan, o que a la larga sustituirán, a los Estados-nación tradicionales como las principales unidades económicas y políticas de la sociedad mundial.

Dentro de este marco de referencia hay una considerable divergencia normativa entre los neoliberales, que, por una parte, promueven la autonomía individual y el principio del mercado sobre el poder del Estado, y, por la otra, los radicales o neomarxistas, para quienes la globalización contemporánea representa el triunfo sobre un capitalismo global opresivo (Ohmae, 1995; Greider, 1997). Pero a pesar de las convicciones ideológicas divergentes, hay una serie de creencias compartidas de que la globalización es en principio un fenómeno económico, que actualmente existe una economía global cada vez más integrada, que las necesidades del capital global imponen a todos los gobiernos una disciplina económica neoliberal, de tal manera que la política ya no es el "arte de lo posible", sino más bien la práctica de una "administración económica sana".

Además, los hiperglobalizadores afirman que la globalización económica está generando un nuevo modelo, tanto de ganadores como de perdedores, en la economía global. Se argumenta que la antigua división entre Norte y Sur es un creciente anacronismo, a medida que una nueva división global del trabajo reemplaza la estructura tradicional de centro-periferia con una arquitectura más compleja del poder económico. Contra este escenario, los gobiernos deben "administrar" las consecuencias sociales de la globalización, o a aquellos que, "habiéndose quedado atrás, no desean tanto una oportunidad de avanzar como de detener a otros" (Ohmae, 1995, p. 64). Sin embargo, también deben administrar cada vez más en un contexto en el cual los condicionamientos de las disciplinas financieras y competitivas globales hacen que los modelos socialdemocráticos de protección social sean insostenibles y signifiquen la desaparición de las políticas asociadas del bienestar social (J. Gray, 1998). La globalización se puede vincular con una creciente polarización entre los ganadores y los perdedores en la economía global. Pero eso no necesariamente debe ser así, puesto que, por lo menos desde el punto de vista neoliberal, la competencia económica global no produce necesariamente resultados de suma cero. Aun cuando los grupos particulares dentro de un país puedan encontrarse en una situación peor como resultado de la competencia global, casi todos los países tienen una ventaja comparativa en la producción de ciertos bienes, la cual se puede explotar en el largo plazo. Los neomarxistas y los radicales juzgan injustificada esta "visión optimista", al creer que el capitalismo global crea y refuerza las pautas estructurales de desigualdad dentro de los países y entre éstos; pero por lo menos convienen con sus contrapartes neoliberales en que las opciones del bienestar tradicional para la protección social se desgastan cada vez más y son difíciles de mantener.

Entre las elites y los "trabajadores especializados" de la nueva economía global se han desarrollado lealtades de "clase" transnacionales, cimentadas por una

adhesión ideológica a una ortodoxia económica neoliberal. Para los que en la actualidad están marginados, la difusión mundial de una ideología consumista impone también un nuevo sentido de identidad que desplaza a las culturas y las formas de vida tradicionales. La difusión global de la democracia liberal refuerza todavía más el sentido de una civilización global naciente, definida por estándares universales de la organización económica y política. Esta "civilización global" está también llena de sus propios mecanismos de gobierno global, ya sea que se trate del FMI o de las disciplinas del mercado mundial, de manera que los Estados y las personas son cada vez más los sujetos de nuevas autoridades públicas y privadas, globales o regionales (Gill, 1995; Ohmae, 1995; Strange, 1996; Cox, 1997). Conforme a esto, para muchos neoliberales la globalización está considerada como el heraldo de la primera civilización verdaderamente global, mientras que para muchos radicales representa la primera "civilización del mercado" global (Perlmutter, 1991; Gill, 1995; Greider, 1997).

En esta descripción hiperglobalista, la irrupción de la economía global, el surgimiento de instituciones de gobernabilidad global y la difusión e hibridación de las culturas se interpretan como una muestra de un orden mundial radicalmente nuevo, un orden que predice la desaparición del Estado-nación (Luard, 1990; Ohmae, 1995; Albrow, 1996). Puesto que la economía nacional es cada vez más un espacio de flujos transnacionales y globales en lugar de ser el principal receptor de la actividad socioeconómica nacional, la autoridad y la legitimidad del Estado-nación se desafían: los gobiernos nacionales son cada vez más incapaces de controlar lo que trasciende dentro de sus propias fronteras o de satisfacer por sí mismos las demandas de sus propios ciudadanos. Además, a medida que las instituciones del gobierno global y regional adquieren un papel más importante, se erosionan todavía más la soberanía y la autonomía del Estado. Por otra parte, las condiciones que facilitan la cooperación transnacional entre los pueblos nunca han sido tan propicias debido a las infraestructuras de la comunicación global y al creciente reconocimiento de muchos intereses comunes. A este respecto, hay pruebas de una naciente "sociedad civil global".

El poder económico y el poder político, según este punto de vista hiperglobalista, se están volviendo efectivamente tan desnacionalizados y difundidos que los Estados-nación, cualesquiera que sean las afirmaciones de los políticos nacionales, cada vez son más "una forma de transición de la organización para administrar los asuntos económicos" (Ohmae, 1995, p. 149). No importa si se parte de una perspectiva liberal o radical/socialista, la tesis hiperglobalista representa a la globalización como si encarnara nada menos que la reconfiguración fundamental del "marco de referencia de la acción humana" (Albrow, 1996, p. 85).

La tesis escéptica

En comparación, los escépticos afirman, basándose en las muestras estadísticas de los flujos del comercio mundial, de la inversión y del trabajo del siglo XIX, que los niveles contemporáneos de interdependencia económica de ninguna manera carecen de precedentes históricos. Más que una globalización, que para los escépticos implica necesariamente una economía perfectamente integrada en todo el mundo, en la cual prevalece la "ley de un precio", la evidencia histórica sólo confirma, en el mejor de los casos, un incremento en los niveles de internacionalización; es decir, interacciones entre economías predominantemente nacionales (Hirst y Thompson, 1996b). Al afirmar que la globalización es un mito, los escépticos se basan en una concepción totalmente economista de la misma, identificándola principalmente con un mercado global perfectamente integrado. Al argumentar que los niveles de integración económica no llegan a este "tipo ideal" y que la integración que existe sigue siendo significativamente inferior que a finales del siglo XIX (la época del patrón de oro clásico), los escépticos están en libertad de concluir que el grado de "globalización" contemporánea es definitivamente exagerado (Hirst, 1997). A este respecto, los escépticos consideran que la tesis hiperglobalista es débil y que también es políticamente ingenua, debido a que subestima el poder persistente de los gobiernos nacionales para regular la actividad económica internacional. Más que estar fuera de control, las fuerzas mismas de la internacionalización dependen del poder regulador de los gobiernos nacionales para asegurar una continua liberalización económica.

Para la mayoría de los escépticos, si las pruebas actuales demuestran algo, es que la actividad económica está experimentando una significativa "regionalización", conforme la economía mundial evoluciona en dirección de los tres bloques financieros y comerciales principales; es decir, Europa, Asia-Pacífico y Norteamérica (Ruigrok y Tulder, 1995; Boyer y Drache, 1996; Hirst y Thompson, 1996b). Por consiguiente, en comparación con la época del patrón de oro clásico, la economía mundial está considerablemente menos integrada (Boyer y Drache, 1996; Hirst y Thompson, 1996a). Entre los escépticos, la globalización y la regionalización se conciben como tendencias contradictorias. Tal como concluyen Gordon y Weiss, en comparación con la época de los imperios mundiales, la economía internacional se ha vuelto mucho menos global desde el punto de vista geográfico (Gordon, 1988; Weiss, 1998).

Los escépticos también tienden a descartar la suposición de que la internacionalización pronostica la aparición de un nuevo orden mundial menos centrado en el Estado. Lejos de considerar que los imperativos internacionales inmovilizan a los gobiernos nacionales, señalan el incremento del centralismo en la regulación y el fomento activo de la actividad económica más allá de las fronteras. Los gobiernos no son las víctimas pasivas de la internacionalización, sino que, por el contrario,

son sus principales arquitectos. De hecho, Gilpin considera que la internacionalización es en gran parte un producto derivado del orden económico multilateral, iniciado por Estados Unidos de América al producir después de la Segunda Guerra Mundial el ímpetu para la liberalización de las economías nacionales (Gilpin, 1987). Desde una perspectiva muy diferente, Callinicos y otros explican la reciente intensificación mundial del comercio y la inversión extranjeros como una nueva fase del imperialismo occidental, en el cual los gobiernos nacionales, como agentes del capital monopólico, están profundamente implicados (Callinicos y otros, 1994).

Sin embargo, a pesar de esas diferencias en el énfasis, hay una convergencia de opiniones entre los escépticos de que, cualesquiera que sean sus fuerzas impulsoras determinantes, la internacionalización no ha sido acompañada por una erosión de las desigualdades entre Norte y Sur, sino, por el contrario, por la creciente marginalización de muchos países del Tercer Mundo, a medida que se intensifican los flujos del comercio y las inversiones dentro del Norte más rico, excluyendo gran parte del resto del globo (Hirst y Thompson, 1996b). Además, Krugman pone en tela de juicio la creencia popular de que está surgiendo una nueva división internacional del trabajo, en la cual la desindustrialización en el Norte puede atribuirse a la acción de las corporaciones transnacionales que exportan empleos hacia el Sur (Krugman, 1996). Asimismo, Ruigrok y Tulder, y Thompson y Allen tratan de demoler el mito de la corporación global, al destacar el hecho de que los flujos de inversión extranjera están concentrados entre los países capitalistas avanzados y de que la mayor parte de las transnacionales siguen siendo el producto de sus Estados o regiones originarios (Ruigrok y Tulder, 1995; Thompson y Allen, 1997). Por ende, la tesis escéptica descarta en términos generales la idea de que la internacionalización está produciendo una reestructuración profunda, o incluso significativa, de las relaciones económicas globales. A este respecto, la posición escéptica es un reconocimiento de las pautas profundamente arraigadas de la desigualdad y la jerarquía en la economía mundial, que en términos estructurales sólo ha cambiado marginalmente a lo largo del último siglo.

Esa desigualdad, en opinión de muchos escépticos, contribuye al fomento de un nacionalismo tanto fundamentalista como agresivo, de tal manera que, en lugar del surgimiento de una civilización global como la pronostican los hiperglobalizadores, el mundo se está fragmentando en bloques de civilizaciones y enclaves étnicos (Huntington, 1996). Por consiguiente, la idea de la homogeneización cultural y de una cultura global son mitos adicionales que son víctimas del argumento escéptico. Además, la intensificación de las desigualdades globales, la *realpolitik* de las relaciones internacionales y del "choque de las civilizaciones" revelan la naturaleza ilusoria del "gobierno global" en lo que concierne a la administración del orden mundial, que sigue siendo en forma abrumadora el derecho exclusivo de los Estados occidentales, igual que durante el siglo XIX. A este respecto, el argumento de los escépticos tiende a concebir el gobierno global y la internacionalización

económica, principalmente, como proyectos occidentales, cuyo objeto primordial es mantener la primacía de Occidente en los negocios mundiales. Como observó en una ocasión E. H. Carr: "el orden internacional y la solidaridad internacional siempre serán los lemas de los que se sienten lo bastante poderosos para imponérselos a otros" (1981, p. 87).

En general, los escépticos se oponen a todas las afirmaciones fundamentales de los hiperglobalizadores, que apuntan hacia los niveles comparativamente mayores de interdependencia económica y el alcance geográfico más extenso de la economía mundial a principios del siglo XX. Rechazan el "mito" popular de que en la actualidad el poder de los gobiernos nacionales o de los Estados soberanos se debilita en forma paulatina, a causa de la internacionalización económica o del gobierno global (Krasner, 1993, 1995). Algunos sostienen que la globalización casi siempre refleja una explicación racional políticamente conveniente para la puesta en marcha de estrategias económicas ortodoxas neoliberales que no son populares (Hirst, 1997). Weiss, Scharpf y Armingeon, entre otros, razonan que las pruebas disponibles contradicen la creencia popular de que ha tenido lugar una convergencia entre políticas macroeconómicas y el bienestar en todo el globo (Weiss, 1988; Scharpf, 1991; Armingeon, 1997). Aun cuando es posible que las condiciones económicas internacionales restrinjan lo que pueden hacer los gobiernos, estos últimos de ninguna manera están inmovilizados. La internacionalización del capital, según sostiene Weiss, puede "no simplemente restringir las elecciones políticas, sino también ampliarlas" (1988, pp. 184 y ss.). En vez de que el mundo se vuelva más interdependiente, como suponen los hiperglobalizadores, los escépticos tratan de desenmascarar los mitos que respaldan la tesis de la globalización.

La tesis transformacionalista

En el fondo de la tesis transformacionalista hay una convicción de que, en los albores de un nuevo milenio, la globalización es una fuerza impulsora decisiva detrás de los rápidos cambios sociales, políticos y económicos que están reformando las sociedades modernas y el orden mundial (Giddens, 1990; Scholte, 1993; Castells, 1996). Según los promotores de esta perspectiva, los procesos de globalización contemporáneos no tienen un precedente histórico, de modo que los gobiernos y las sociedades en todo el globo tienen que ajustarse a un mundo en el que ya no hay una distinción clara entre los negocios internacionales y los domésticos, externos e internos (Rosenau, 1990; Camilleri y Falk, 1992; Ruggie, 1993; Linklater y MacMillan, 1995; Sassen, 1996). Para Rosenau, el crecimiento de los negocios "interdomésticos" define una "nueva frontera", la expansión del espacio político, económico y social en el cual se decide el destino de las sociedades y las comunidades (1997, pp. 4-5). A este respecto, la globalización se concibe como una poderosa fuerza

transformadora, que es responsable de una "dispersión máxima" de las sociedades, las economías, las instituciones de gobierno y el orden mundial (Giddens, 1996).

Sin embargo, en el análisis transformacionalista, la tendencia de esta dispersión sigue siendo insegura, debido a que la globalización se concibe como un proceso histórico contingente, lleno de contradicciones (Mann, 1997). Un tema de controversia es la concepción dinámica y abierta acerca de hacia dónde podría conducir la globalización y la clase de orden mundial que podría pronosticar. En comparación con las descripciones de los escépticos y los hiperglobalistas, los transformacionalistas no hacen afirmaciones acerca de la futura trayectoria de la globalización; ni tampoco tratan de evaluar el presente en relación con algún modelo ideal fijo y único de un "mundo globalizado", ya sea que se trate de un mercado global o de una civilización global. En vez de ello, las descripciones de los transformacionalistas hacen hincapié en la globalización como un proceso histórico de largo plazo, que abunda en contradicciones y que está caracterizado significativamente por factores coyunturales.

Dicha cautela respecto del futuro preciso de la globalización se contrapone con la convicción de que las pautas contemporáneas de los flujos globales económicos, militares, tecnológicos, ecológicos, migratorios, políticos y culturales no tienen un precedente histórico. Como lo expresa Nierop, "prácticamente todos los países del mundo, si no es que todas las partes de su territorio y todos los segmentos de su sociedad, en la actualidad son funcionalmente una parte de ese sistema [global] más vasto en uno o más aspectos" (1994, p. 171); pero la existencia de un solo sistema global no se acepta como una demostración de la convergencia global, o de la llegada de una sola sociedad mundial. Por el contrario, para los transformacionalistas, la globalización está asociada con nuevas pautas de estratificación en las que algunos Estados, sociedades y comunidades se interconectan cada vez más en el orden global, mientras que otros se vuelven cada vez más marginados. Se afirma que se está cristalizando una nueva configuración de las relaciones de poder globales, a medida que la división entre Norte y Sur cede el paso rápidamente a una nueva división internacional del trabajo, de tal manera que la "pirámide familiar de la jerarquía de centro-periferia ya no es una división geográfica de la economía mundial, sino más bien una división social" (Hoogvelt, 1997, p. xii). Hablar de Norte y Sur, de Primer Mundo y de Tercer Mundo, es pasar por alto las formas en las cuales la globalización ha redefinido las pautas tradicionales de inclusión y exclusión entre los países, al forjar nuevas jerarquías que atraviesan y penetran todas las sociedades y regiones del mundo. El Norte y el Sur, el Primer Mundo y el Tercer Mundo ya no están "allá afuera", sino que están entrelazados dentro de todas las principales ciudades del mundo. En vez de la analogía de la pirámide tradicional de la estructura social mundial, con un diminuto escalón superior y una amplia base masiva, la estructura social global se puede visualizar como un arreglo de tres

hileras de círculos concéntricos, en los que cada uno de ellos atraviesa las fronteras nacionales y representa respectivamente a las elites, a los satisfechos y a los marginados (Hoogvelt, 1997).

La redefinición de las pautas de la estratificación global está vinculada con la creciente desterritorialización de la actividad económica, a medida que la producción y las finanzas adquieren cada vez más una dimensión global y transnacional. Desde puntos de partida diferentes, Castells y Ruggie, entre otros, sostienen que las economías nacionales se están reorganizando mediante procesos de globalización económica, de tal manera que el espacio económico nacional ya no coincide con las fronteras territoriales nacionales (Castells, 1996; Ruggie, 1996). En esta economía globalizada, los sistemas de producción nacional, intercambio y finanzas entretejen en una forma todavía más rígida la suerte de las comunidades y los hogares en distintos continentes.

En el núcleo de la postura transformacionalista hay una creencia de que la globalización contemporánea reconstituye o somete el poder, las funciones y la autoridad de los gobiernos nacionales a una "reingeniería". Aun cuando no disputan que los Estados todavía conservan la última decisión legal de una "supremacía efectiva sobre lo que ocurre dentro de sus propios territorios", los transformacionalistas demuestran que esto se yuxtapone, en diversos grados, con la jurisdicción en expansión de las instituciones gubernamentales internacionales y con los límites, así como con las obligaciones derivadas del derecho internacional. Esto es especialmente evidente en Estados Unidos de América, en donde el poder soberano está dividido entre las autoridades internacionales, nacionales y locales; pero también es notorio en la actividad de la Organización Mundial de Comercio (OMC) (Goodman, 1997). Sin embargo, incluso en donde la soberanía todavía se mantiene intacta, los Estados ya no conservan el mando único de lo que acontece dentro de sus propias fronteras territoriales, si es que alguna vez lo tuvieron. Los complejos sistemas globales, desde el financiero hasta el ecológico, conectan el destino de las comunidades en una localidad con el destino de las comunidades en regiones distantes del mundo. Además, las infraestructuras globales de las comunicaciones y el transporte apoyan nuevas formas de organización económica y social que trascienden las fronteras nacionales, sin ninguna disminución consiguiente de la eficiencia o del control. Las sedes del poder y los sujetos del poder, tanto literal como metafóricamente, pueden estar separados por un océano. En estas circunstancias, la noción del Estado-nación como una unidad autónoma que se gobierna a sí misma, parece ser más una afirmación normativa que una declaración descriptiva. La institución moderna de un gobierno soberano, territorialmente circunscrito, parece yuxtaponerse en forma anómala con la organización transnacional de muchos aspectos de la vida económica y social contemporánea (Sandel, 1996). Por consiguiente, en esta descripción la globalización está asociada con una transformación o,

para emplear el término de Ruggie, con un *desmembramiento* de la relación entre la soberanía, la territorialidad y el poder del Estado (Ruggie, 1993; Sassen, 1996).

Por supuesto, son muy pocos los Estados que alguna vez han ejercido una soberanía completa o absoluta dentro de sus propias fronteras territoriales, como lo pone de relieve la práctica de la inmunidad diplomática (Sassen, 1996). De hecho, la práctica del Estado soberano, en oposición a la doctrina, siempre se ha adaptado fácilmente a las realidades históricas cambiantes (Murphy, 1996). Al argumentar que la globalización transforma o reconstituye el poder y la autoridad de los gobiernos nacionales, los transformacionalistas rechazan tanto la retórica hiperglobalista del fin de la soberanía del Estado-nación como la afirmación de los escépticos de que "nada ha cambiado gran cosa". En vez de ello, aseveran que un nuevo "régimen de soberanía" está desplazando a las concepciones tradicionales del Estado como una forma de poder público absoluto, indivisible, territorialmente exclusivo y de suma cero (Held, 1991). En este sentido, señalan que en la actualidad la soberanía se comprende "menos como una barrera territorialmente definida que como un recurso de negociación para una política caracterizada por complejas redes transnacionales" (Keohane, 1995).

Con esto no queremos decir que las fronteras territoriales no tengan una importancia política, militar o simbólica, sino que más bien reconocemos que, concebidas como los principales límites espaciales de la vida moderna, se han vuelto cada vez más problemáticas en una época de globalización intensificada. Por consiguiente, la soberanía, el poder del Estado y la territorialidad se encuentran hoy en día en una relación más compleja que en la época durante la cual se forjaba el moderno Estado-nación. De hecho, el argumento de los transformacionalistas es que la globalización está asociada no sólo con un nuevo "régimen soberano", sino también con el surgimiento de nuevas formas poderosas no territoriales de organización económica y política en el ámbito global, tales como corporaciones transnacionales, movimientos sociales transnacionales, agencias reguladoras internacionales, etc. Así, el orden mundial ya no se puede concebir centrándolo sólo en el Estado, o incluso como principalmente gobernado por el Estado, debido a que la autoridad se ha extendido cada vez más entre los actores públicos y privados en los niveles local, nacional, regional y global. Los Estados-nación ya no son los únicos centros o las principales formas de gobierno o de autoridad en el mundo (Rosenau, 1997).

Dado este orden global cambiante, la forma y las funciones del Estado se deben adaptar cuando los gobiernos buscan estrategias coherentes para insertarse dentro de un mundo en proceso de globalización. Al respecto se siguen estrategias diversas, desde el modelo del Estado mínimo neoliberal hasta los modelos del Estado en desarrollo (el gobierno como el principal promotor de la expansión económica) y del Estado catalizador (el gobierno como facilitador de una acción coordinada y colectiva). Además, los gobiernos ven cada vez más hacia el exterior, a medida que

tratan de buscar estrategias cooperativas y de construir regímenes normativos internacionales para administrar de una manera más eficaz la creciente diversidad de aspectos transfronterizos que surgen con regularidad en los programas nacionales. En vez de que la globalización haya producido el "fin del Estado", ha fomentado un espectro de estrategias de ajuste y, en ciertos aspectos, un Estado más activo. Por ende, la globalización no disminuye necesariamente el poder de los gobiernos nacionales, sino que, por el contrario, ésta se reconstituye y reestructura en respuesta a la creciente complejidad de los procesos de gobierno en un mundo más interconectado (Rosenau, 1997).

En el cuadro I.1 se resumen las tres tendencias en el debate de la globalización. Ir más allá del debate entre estas tres propuestas requiere un modelo de investigación para evaluar las principales declaraciones de cada uno, pero la construcción de un marco de referencia congruente requiere, como condición inicial, cierta comprensión de las principales críticas en torno a las cuales gira el debate mismo.

Cuadro I.1. Conceptuación de la globalización: tres tendencias.

	<i>Hiperglobalistas</i>	<i>Escépticos</i>	<i>Transformacionalistas</i>
¿Qué hay de nuevo?	Una era global	Bloques comerciales, un gobierno territorial más débil que en periodos anteriores	Niveles históricamente sin precedente de interconexión global
Características dominantes	Capitalismo global, gobierno global, sociedad civil global	Un mundo menos interdependiente que en la década de 1890	Globalización densa (intensiva y extensiva)
Poder de los gobiernos nacionales	En disminución o erosión	Reforzado o mejorado	Reconstituido, reestructurado
Fuerzas impulsoras de la globalización	El capitalismo y la tecnología	Estados y mercados	Las fuerzas combinadas de la modernidad
Pauta de la estratificación	La erosión de las antiguas jerarquías	Creciente marginalización del Sur	Nueva arquitectura del orden mundial
Motivo dominante	McDonalds, Madonna, etcétera	El interés nacional	La transformación de la comunidad política
Concepto de globalización	Como un reordenamiento de la estructura de la acción humana	Como una internacionalización y una regionalización	Como el reordenamiento de las relaciones interregionales y de la acción a distancia
Trayectoria histórica	Civilización global	Bloques regionales/choque de las civilizaciones	Indeterminada: integración y fragmentación globales
Resumen del argumento	El fin del Estado-nación	La internacionalización depende de la aquiescencia y del apoyo del Estado	La globalización transforma el poder del Estado y la política mundial

La identificación de los aspectos críticos en el debate crea una base intelectual para pensar acerca de la forma en la cual se podría conceptualizar mejor la globalización y los fundamentos dónde buscar cualquier verificación de las afirmaciones concurrentes acerca de la misma.

Fuentes de disputa en el debate de la globalización

Hay cinco aspectos importantes que constituyen las principales fuentes de disputa entre las posturas existentes sobre la globalización y que conciernen a problemáticas relativas a:

- el concepto
- la causalidad
- la periodicidad
- las repercusiones
- las trayectorias de la globalización

Al explorar cada uno de estos aspectos se obtendrá una perspectiva más amplia de los criterios necesarios para una descripción rigurosa de la globalización, una perspectiva que nos ayudará a avanzar más allá del debate entre las tres concepciones consideradas anteriormente.

Concepto

Existe una tendencia, tanto entre los escépticos como entre los hiperglobalistas, a conceptualizar la globalización como la premisa de una situación particular o un estado final; es decir, un mercado global totalmente integrado con una igualdad de precios y de tasas de interés. Consecuentemente, las tendencias contemporáneas de la globalización económica, como antes lo observamos, se evalúan en relación con el grado hasta el cual se adoptan con este tipo ideal (Berger y Dore, 1995; Hirst y Thompson, 1996b); pero incluso según sus propios términos, esta concepción es débil a causa de que no hay una razón *a priori* para suponer que los mercados globales necesitan ser "perfectamente competitivos", como tampoco lo han sido jamás los mercados nacionales. Estos últimos tal vez no llegan a una competencia perfecta, pero eso no impide que los economistas los caractericen como mercados, si bien son mercados con varias formas de "imperfecciones". Los mercados globales, lo mismo que los mercados domésticos, pueden ser problemáticos.

Además, esta concepción de "tipo ideal" es inaceptable, tanto teleológica como empíricamente; desde el punto de vista teleológico, en lo que concierne a que el

presente se interpreta (y aparentemente así debería ser) como el escalón para avanzar en alguna progresión lineal hacia un estado final futuro determinado, aun cuando no hay ninguna razón lógica o empírica para suponer que la globalización, lo mismo que la industrialización o la democratización, tiene una condición final fija; y es inaceptable desde el punto de vista empírico, en el sentido de que las pruebas estadísticas de las tendencias globales se interpretan como si en sí mismas confirmaran, calificaran o rechazaran la tesis de la globalización, aun cuando una metodología así puede generar considerables dificultades (Ohmae, 1990; R. J. B. Jones, 1995; Hirst y Thompson, 1996b). Por ejemplo, el hecho de que son más las personas en el mundo que hablan chino (dialectos) que inglés como primer idioma, no confirma necesariamente la tesis de que el chino es un idioma global. De la misma manera, incluso si se pudiera demostrar que las razones de comercio y producto interno bruto (PIB) para los Estados occidentales en la década de 1890 eran similares a las de la década de 1990, o incluso más elevadas, ello revelaría muy poco acerca de los impactos sociales y políticos sobre el comercio en cualquiera de esos periodos. Por ello, es necesario tener cautela y ser cuidadosos teóricamente para obtener conclusiones a partir de tendencias globales aparentemente claras, y cualquier descripción convincente de la globalización debe considerar la importancia de las pruebas cualitativas y de los aspectos interpretativos pertinentes.

En contraparte con lo anterior, las concepciones sociohistóricas que estudian la globalización la consideran como un proceso que no tiene un solo "destino" histórico fijo o determinado, no importa si se comprende en función de un mercado global perfectamente integrado, de una sociedad global o de una civilización global (Giddens, 1990; Geyer y Bright, 1995; Rosenau, 1997). No existe una razón *a priori* para afirmar que la globalización deba desarrollarse simplemente en una única dirección o si sólo se puede comprender en relación con una sola condición ideal (los mercados globales perfectos). En conformidad con esto, para los transformacionistas la globalización se concibe como un proceso histórico más contingente y abierto, que no se ajusta con los modelos lineales ortodoxos del cambio social (Graham, 1997). Además, estas concepciones también tienden a ser escépticas respecto de que la sola muestra cuantitativa puede confirmar o negar la "realidad" de la globalización, en virtud de que están interesadas en los cambios cualitativos que pueden generarse en la naturaleza de las sociedades y en el ejercicio del poder; dichos cambios muy rara vez se pueden capturar por completo por medio de datos estadísticos.

Vinculada con la problemática de la globalización como un proceso histórico, está el asunto relativo a si la globalización se debe comprender en términos singulares o diferenciados. Gran parte de la bibliografía escéptica e hiperglobalista tiende a concebir a la globalización como un proceso en gran parte singular, que casi siempre se considera idéntico a la interconexión económica o cultural (Ohmae, 1990; Robertson, 1992; Krasner, 1993; Boyer y Drache, 1996; Cox, 1996; Hirst y

Thompson, 1996b; Huntington, 1996; Strange, 1996; Burbach y otros, 1997). No obstante, concebir esto es ignorar las pautas distintivas de la globalización en diferentes aspectos de la vida social, desde el político hasta el cultural. A este respecto, la globalización se podría concebir mejor como un proceso sumamente diferenciado que encuentra su expresión en todos los terrenos clave de la actividad social (incluidos el político, el militar, el legal, el ecológico, el criminal, etc.). De ninguna manera está claro el motivo por el cual debe suponerse que simplemente es un fenómeno económico o cultural (Giddens, 1991; Axford, 1995; Albrow, 1996). Por ende, las descripciones de la globalización que reconocen esta diferenciación pueden ser más satisfactorias para explicar su forma y su dinámica que las que la pasan por alto.

Causalidad

Uno de los argumentos dominantes en el debate de la globalización concierne al aspecto de la causalidad: ¿qué es lo que impulsa este proceso? Al ofrecer una respuesta a esta pregunta, las descripciones existentes tienden a agruparse alrededor de dos series de explicaciones distintas: las que identifican un imperativo único o primario, como el capitalismo o el cambio tecnológico; y las que explican la globalización como el producto de una combinación de factores, incluyendo el cambio tecnológico, las fuerzas del mercado, la ideología y las decisiones políticas. En resumen, la distinción reside efectivamente entre las descripciones monocausales y multicausales de la globalización. Aun cuando la tendencia en gran parte de la bibliografía existente sea fundir la globalización con los imperativos expansionistas de los mercados o del capitalismo, ello ha atraído considerables críticas, sobre la base de que una explicación así es demasiado reduccionista. En respuesta, hay varios intentos significativos para desarrollar una explicación más completa de la globalización, que ponen de relieve la compleja intersección entre una multiplicidad de fuerzas impulsoras, entre ellas el cambio económico, tecnológico, cultural y político (Giddens, 1990; Robertson, 1992; Scholte, 1993; Axford, 1995; Albrow, 1996; Rosenau, 1990, 1997). Cualquier análisis convincente de la globalización contemporánea debe llegar a un acuerdo con la cuestión fundamental de la causalidad y, al hacerlo, debe ofrecer un punto de vista coherente.

Sin embargo, la controversia acerca de las causas subyacentes de la globalización está relacionada con un debate más amplio sobre la modernidad (Giddens, 1991; Robertson, 1992; Albrow, 1996; Connolly, 1996). Para algunos, la globalización puede entenderse simplemente como la difusión global de la modernidad occidental; es decir, como una occidentalización. Por ejemplo, la teoría de los sistemas mundiales identifica la globalización con la difusión del capitalismo occidental y de las instituciones occidentales (Amin, 1996; Benton, 1996). Por contraste, otros trazan una

distinción entre occidentalización y globalización y rechazan la idea de que la última es sinónimo de la primera (Giddens, 1990). En este debate está en juego un tema fundamental: si hoy en día la globalización debe entenderse como algo más que simplemente la expansión del alcance del poder y la influencia occidentales. Ningún análisis convincente de la globalización puede evitar afrontar esta problemática.

Periodicidad

El simple hecho de tratar de describir la "forma" de la globalización contemporánea se basa (implícita o explícitamente) en algún género de narrativa histórica, sin importar si ésta se deriva de preeminentes estudios de la civilización o de estudios históricos mundiales, ya que tienen implicaciones significativas para las conclusiones alcanzadas acerca de las características históricamente únicas o distintivas de la globalización contemporánea (Mazlish y Buultjens, 1993; Geyer y Bright, 1995). En particular, es fundamental la forma en la que se divide en periodos la historia del mundo para el tipo de conclusiones que se deducen de cualquier análisis histórico y, por supuesto, en especial en relación con la cuestión de qué novedades hay sobre la globalización contemporánea. Es obvio que, al responder a esta pregunta, hay una diferencia significativa en si la globalización contemporánea se define como toda la época de la posguerra, la época posterior a la década de 1970, o el siglo xx en general.

Los estudios históricos recientes de los sistemas mundiales y de las pautas de interacción de la civilización ponen en duda el punto de vista comúnmente aceptado de que la globalización es sobre todo un fenómeno de la época moderna (McNeill, 1995; Roudometof y Robertson, 1995; Bentley, 1996; Frank y Gills, 1996). La existencia de las religiones mundiales y de las redes de comercio de la época medieval fomentan una mayor sensibilidad a la idea de que la globalización es un proceso que tiene una larga historia. Esto implica la necesidad de ver más allá de la época moderna, en un intento por ofrecer una explicación de las nuevas características de la globalización contemporánea; pero con el fin de hacer eso, se requiere algún tipo de modelo analítico que ofrezca una plataforma para contrastar y comparar las diferentes fases o formas históricas de la globalización a lo largo de lo que el historiador francés Braudel llama la *longue durée*, es decir, el paso de los siglos, más que de décadas (Helleiner, 1997).

Repercusiones

Existe una abundante bibliografía que relaciona la globalización económica con la desaparición de la democracia social y el moderno Estado benefactor (Garrett y

Lange, 1991; Banuri y Schor, 1992; Gill, 1995; Amin, 1996; J. Gray, 1996; Cox, 1997). Según este punto de vista, las presiones competitivas globales han obligado a los gobiernos a reducir los gastos y las intervenciones del Estado, en virtud de que, a pesar de los diferentes compromisos domésticos, todos los gobiernos se han visto presionados en la misma dirección. Como fundamento de esta tesis, existe una concepción bastante determinista de la globalización como una "jaula de hierro", que impone una disciplina financiera global a los gobiernos, que restringe rigurosamente la esfera de acción de las políticas progresistas y que debilita en forma paulatina la negociación social en la cual se fundaba el Estado benefactor posterior a la Segunda Guerra Mundial. Por consiguiente, ha habido al parecer una creciente convergencia de las estrategias económicas y del bienestar entre los Estados occidentales, sin importar la ideología de los gobiernos dominantes.

Esta tesis es impugnada a grandes voces por una multitud de estudios recientes que proyectan serias dudas sobre la idea de que la globalización efectivamente "inmoviliza" a los gobiernos nacionales en el manejo de la política económica (Scharpf, 1991; R. J. B. Jones, 1995; Ruigrok y Tulder, 1995; Hirst y Thompson, 1996b). Como observan Milner y Keohane, "la repercusión de la economía mundial sobre los países que están abiertos a su influencia no parece ser uniforme" (1996, p. 14). Esos estudios han proporcionado una penetración significativa de la manera en la cual la repercusión social y política de la globalización está arbitrada por las estructuras institucionales nacionales, las estrategias del Estado y la ubicación de un país en la jerarquía global (Hurrell y Woods, 1995; Frieden y Rogowski, 1996; Garrett y Lange, 1996). Varios autores también han contribuido a una mayor conciencia de las formas en que los Estados y los pueblos impugnan la globalización y se resisten a ella (Geyer y Bright, 1995; Frieden y Rogowski, 1996; Burbach y otros, 1997). Al hacerlo, tales estudios indican la necesidad de una compleja tipología del modo en que la globalización causa un choque en las economías y las comunidades nacionales, que reconozca sus consecuencias en diferentes niveles y la notable importancia de las formas en las cuales se administra, se impugna y se resiste (Axford, 1995).

Trayectorias

Cada una de las tres "escuelas" en el debate de la globalización tiene una concepción particular de la dinámica y la dirección del cambio global. Esto impone una forma general a las pautas de la globalización y, al hacerlo, presenta una caracterización particular de la misma como un proceso histórico. A este respecto, los hiper-globalizadores tienden a representar la globalización como un proceso secular de integración global (Ohmae, 1995; R. P. Clark, 1997), proceso a menudo asociado

con un punto de vista lineal del cambio histórico, y la globalización se identifica con el despliegue relativamente ininterrumpido del progreso humano. En contraparte, la tesis escéptica tiende hacia un punto de vista de la globalización que hace hincapié en sus fases diferentes, así como en sus características recurrentes. Esto explica en parte la preocupación de los escépticos por la evaluación de la globalización contemporánea en relación con épocas históricas previas, especialmente con la supuesta "época de oro" de la interdependencia global (las últimas décadas del siglo XIX) (R. J. B. Jones, 1995; Hirst y Thompson, 1996b).

Ninguno de estos modelos del cambio histórico encuentra un gran sustento en el campo transformacionalista. Los transformacionalistas tienden a concebir la historia como un proceso caracterizado por tremendas revueltas o discontinuidades. Esta perspectiva resalta la contingencia de la historia y la forma en la cual el cambio de épocas se origina en la confluencia de condiciones históricas y fuerzas sociales particulares. Ello ha llevado a la tendencia transformacionalista a describir el proceso de la globalización como contingente y contradictorio. Según esta tesis, la globalización atrae y empuja a las sociedades en direcciones opuestas; fragmenta lo mismo que integra, produce tanto la cooperación como el conflicto y universaliza al mismo tiempo que particulariza. Por consiguiente, la trayectoria del cambio global es en gran parte indeterminada e incierta (Rosenau, 1997).

Es evidente que un intento convincente por construir un modelo analítico que impulse al debate de la globalización, más allá de sus límites intelectuales actuales, debe abordar los cinco elementos de discusión más importantes que acabamos de describir. Cualquier descripción satisfactoria de la globalización debe ofrecer un concepto coherente; una descripción justificada de la lógica causal; algunas proposiciones claras acerca de la periodicidad histórica; una especificación fundamentada de las repercusiones, y algunas reflexiones sólidas respecto de la trayectoria del proceso mismo. Hacer frente a estas tareas es fundamental para idear y construir nuevas formas de pensar la globalización.

Las cinco tareas son la base de los capítulos siguientes y volveremos a ellas en la conclusión. Lo que sigue inmediatamente es un intento por abordar la primera de las preocupaciones: la naturaleza y la forma de la globalización.

Reconsideración de la globalización: un modelo analítico

¿Qué es la globalización? Aun cuando en su sentido más sencillo la globalización se refiere a ampliar, profundizar y acelerar la interconexión global, tal definición requiere una elaboración adicional. A pesar de una proliferación de definiciones en la teoría contemporánea, entre ellas "aceleración de la interdependencia", "acción

a distancia" y "compresión de tiempo-espacio"² (Ohmae, 1990; Giddens, 1990; Harvey, 1989), en la bibliografía existente no hay muestras suficientes de intentos para especificar con precisión qué es lo "global" de la globalización. Por ejemplo, todas las definiciones anteriores son bastante compatibles con procesos mucho más limitados espacialmente, tales como la difusión de las interconexiones nacionales o regionales. Al tratar de remediar esta dificultad conceptual, este estudio parte de una comprensión de la globalización que reconoce sus atributos espaciales particulares y la forma en la cual se despliegan en el curso del tiempo.

La globalización puede ubicarse en un continuo con lo local, lo nacional y lo regional.³ En un extremo del continuo están las relaciones sociales y económicas y las redes que están organizadas sobre una base local, nacional o ambas; en el otro extremo están las relaciones sociales y económicas que se cristalizan en la escala más amplia de las interacciones regionales y globales. La globalización puede entenderse como si se refiriera a los procesos de cambio espacio-temporales que apuntalan una transformación en la organización de las relaciones humanas, vinculando y ampliando la actividad humana de una a otra región y de uno a otro continente. Sin una referencia a estas conexiones espaciales tan amplias no puede haber una formulación clara o coherente de este término.

Por consiguiente, el concepto de globalización implica, ante todo y en primer lugar, una expansión de las actividades sociales, políticas y económicas transfronterizas, de tal suerte que los acontecimientos, decisiones y actividades en una región del mundo pueden llegar a tener importancia para los individuos y las comunidades en regiones distantes del planeta. En este sentido, engloba la interconexión transregional, la amplitud del alcance de las redes de actividad social y de poder y la posibilidad de una acción a distancia. Más allá de esto, la globalización implica que las conexiones transfronterizas no sean sólo ocasionales o fortuitas, sino más bien regularizadas, de tal manera que existe una "intensificación" detectable, o una

² Por *aceleración de la interdependencia* se entiende la creciente intensidad de la interconexión internacional de las economías y las sociedades nacionales, de tal manera que los desarrollos en un país causan una repercusión directa sobre otros. La *acción a distancia* se refiere a la forma en la cual, condicionadas por la globalización contemporánea, las acciones de los actores sociales (individuos, colectividades, corporaciones, etc.) en una localidad pueden llegar a tener consecuencias significativas intencionales o involuntarias para la conducta de los "otros distantes". Por último, la *compresión de tiempo-espacio* se refiere a la forma en la cual la globalización parece reducir la distancia geográfica y el tiempo; en un mundo de comunicaciones instantáneas, la distancia ya no parece ser un constreñimiento importante sobre las pautas de la organización o la interacción social humana.

³ Aquí, el término *regiones* se refiere a los agrupamientos geográficos o funcionales de los Estados o las sociedades. Estos agrupamientos regionales pueden identificarse según sus características compartidas (culturales, religiosas, ideológicas, económicas, etc.) y el alto grado de interacciones estructuradas en relación con el mundo exterior (Buzan, 1998).

creciente magnitud de interconexión, de modelos de interacción y de flujos que trascienden a las sociedades y a los Estados que constituyen el orden mundial. Además, el creciente alcance e intensidad de la interconexión global también puede conllevar una "aceleración" de las interacciones y los procesos globales, conforme el desarrollo de sistemas de transporte y comunicaciones en todo el mundo se incrementa la velocidad potencial de la difusión global de ideas, bienes, información, capital y personas. Así también, *alcance*, *intensidad* y *velocidad* crecientes de las interacciones globales pueden estar asociados con una interconexión más profunda de lo local y lo global, de tal manera que la *repercusión* de los acontecimientos distantes se amplifica, al mismo tiempo que incluso los desarrollos más locales pueden llegar a tener enormes consecuencias globales. En este sentido, las fronteras entre las cuestiones domésticas y las globales pueden hacerse borrosas. Una definición satisfactoria de la globalización debe capturar cada uno de estos elementos: alcance (extensión), intensidad, velocidad y repercusión; y una descripción satisfactoria de la globalización los debe examinar a fondo. De aquí en adelante nos referiremos a estos elementos como las dimensiones *espacio-temporales* de la globalización.

Al reconocer estas dimensiones, es posible ofrecer una definición más precisa de la globalización. Por tanto, se puede pensar en la globalización como

un proceso (o una serie de procesos) que engloba una transformación en la organización espacial de las relaciones y las transacciones sociales, evaluada en función de su alcance, intensidad, velocidad y repercusión, y que genera flujos y redes transcontinentales o interregionales de actividad, interacción y del ejercicio del poder.

En este contexto, los flujos se refieren a los movimientos de artefactos físicos, personas, símbolos, signos e información en el espacio y el tiempo, mientras que las redes se refieren a las interacciones regularizadas o que siguen una pauta entre agentes independientes, centros de actividad o ubicaciones del poder (Modelski, 1972; Mann, 1986; Castells, 1996).

Esta formulación ayuda a abordar la incapacidad de las concepciones existentes para diferenciar la globalización de procesos más delimitados espacialmente, lo que podemos llamar *localización*, *nacionalización*, *regionalización* e *internacionalización*. Como se definió anteriormente, la globalización se puede distinguir de los desarrollos sociales más restringidos. La localización se refiere simplemente a la consolidación de flujos y redes dentro de un ámbito específico. La nacionalización es el proceso mediante el cual las relaciones y las transacciones sociales se desarrollan dentro del marco de referencia de fronteras territoriales fijas. La regionalización puede denotarse por una agrupación de transacciones, flujos, redes e interacciones entre agrupaciones funcionales o geográficas de los Estados o de las sociedades, mientras que la internacionalización puede interpretarse como referida

a los patrones de interacción e interconexión entre dos o más Estados-nación, sin importar su ubicación geográfica específica (Nierop, 1994; Buzan, 1998). Así, la globalización contemporánea describe, por ejemplo, los flujos de comercio y de finanzas entre las principales regiones en la economía mundial, mientras que los flujos equivalentes dentro de ellas pueden diferenciarse en función de las agrupaciones locales, nacionales y regionales.

Al ofrecer una definición más precisa de estos conceptos, es crucial señalar que aquí la globalización no se concibe en oposición a procesos más delimitados espacialmente, sino, por el contrario, como si se encontrara en una relación compleja y dinámica con ellos. Por una parte, procesos como la regionalización pueden crear los tipos necesarios de infraestructuras económicas, sociales y físicas que facilitan y complementan la profundización de la globalización. Por ejemplo, a este respecto la regionalización económica (como la Unión Europea) no ha sido una barrera, sino un estímulo, para la globalización del comercio y de la producción. Por la otra, estos procesos pueden imponer límites a la globalización, si no es que alientan un proceso de desglobalización. Sin embargo, no hay una razón precedente para suponer que existe localización o regionalización en relación opuesta o contradictoria a la globalización. La forma precisa en la cual estos procesos se correlacionan en el terreno económico y en otros es más una cuestión empírica que abordaremos en los capítulos siguientes.

Formas históricas de la globalización

Los escépticos de la tesis de la globalización nos alertan respecto al hecho de que la interconexión internacional o global de ninguna manera es un fenómeno nuevo; sin embargo, pasan por alto la posibilidad de que la forma particular adoptada por la globalización puede diferir entre una época histórica y otra. Para distinguir los rasgos originales de la globalización en cualquier época, se requiere un cierto tipo de modelo analítico con el fin de organizar esa indagación histórica comparativa. Sin ese marco de referencia, sería difícil identificar las características significativas y las continuidades o las diferencias entre las épocas. Por consiguiente, el enfoque desarrollado aquí se centra en la idea de las "formas históricas de la globalización", como una base para construir un análisis comparativo sistemático de la globalización en el transcurso del tiempo. El empleo de esta idea ayuda a proporcionar un mecanismo para capturar y sistematizar las diferencias y las similitudes pertinentes. En este contexto, las formas históricas de la globalización se refieren a "los atributos espacio-temporales y organizacionales de la interconexión global en épocas históricas distintas".

Para decir algo significativo, ya sea acerca de los atributos únicos o de las características dominantes de la globalización contemporánea, se requieren categorías

analíticas claras a partir de las cuales puedan construirse esas descripciones. Basándonos directamente en nuestras distinciones anteriores, las formas históricas de la globalización pueden describirse y compararse inicialmente respecto a las cuatro dimensiones espacio-temporales:

- el alcance de las redes globales
- la intensidad de la interconexión global
- la velocidad de los flujos globales
- la tendencia de la repercusión de la interconexión global

Este modelo proporciona la base para una evaluación tanto *cuantitativa* como *cualitativa* de las pautas históricas de la globalización. Es posible analizar 1. el alcance de las redes de relaciones y conexiones; 2. la intensidad de los flujos y los niveles de actividad dentro de esas redes; 3. la velocidad o rapidez de los intercambios, y 4. la repercusión de estos fenómenos sobre las comunidades particulares. Una evaluación sistemática de la manera en la que han evolucionado estos fenómenos proporciona una comprensión de las formas históricas cambiantes de la globalización y ofrece la posibilidad de una identificación y una comparación más definidas de las características clave de las modalidades particulares de la globalización en diferentes épocas y de las desarticulaciones entre ellas. Esta perspectiva histórica de la globalización evita la tendencia actual a suponer, o que la globalización es fundamentalmente nueva o que no hay nada nuevo respecto de los niveles contemporáneos de interconexión económica y social, en vista de que parecen asemejarse a los de periodos previos.

Claro que la concepción misma de las formas históricas de la globalización supone que es factible delinear, en un sentido empírico, el alcance, la intensidad, la velocidad y la tendencia de la repercusión de los flujos, las redes y las transacciones globales a lo largo del tiempo. En los capítulos siguientes trataremos de aplicar cada una de estas dimensiones, utilizando varios indicadores estadísticos y de otro tipo para evaluar, por ejemplo, el ámbito geográfico de los flujos comerciales, su magnitud, velocidad, repercusión, etc. Pero hay una dimensión particular de la globalización que es especialmente difícil de aplicar: la tendencia de la repercusión de los flujos, las redes y las transacciones globales. No obstante, sin una comprensión clara de la naturaleza de la repercusión, la noción de globalización seguiría siendo imprecisa. ¿Cómo se debe concebir la tendencia de la repercusión?

Para la finalidad de este estudio, distinguimos cuatro tipos de repercusiones analíticamente diferentes: decisional, institucional, distributiva y estructural. Las repercusiones decisionales se refieren al grado hasta el que los costos y beneficios relativos de las elecciones políticas a las que se enfrentan los gobiernos, las corporaciones, las colectividades y las familias, están condicionadas por las fuerzas y

las situaciones globales. Por consiguiente, la globalización puede hacer que algunas opciones políticas o algunas prácticas decisionales sean más o menos costosas y, al hacerlo así, limita el resultado de la toma de decisiones individual u organizacional. Sus elecciones concernientes a la política estarán restringidas o facilitadas en mayor o menor grado,⁴ dependiendo de los que toman las decisiones y de la sensibilidad de las colectividades o de su vulnerabilidad a las condiciones globales. Las repercusiones decisionales pueden evaluarse en función de su elevado impacto (en donde la globalización altera fundamentalmente las preferencias políticas al transformar los costos y los beneficios de diferentes decisiones) y de su bajo impacto (donde las preferencias políticas sólo resultan afectadas marginalmente).

No obstante, la repercusión de la globalización tal vez no siempre pueda comprenderse mejor en atención a las decisiones tomadas o no tomadas, debido a que puede operar en una forma menos transparente al reconfigurar el programa de la toma de decisiones misma y, en consecuencia, las elecciones disponibles que los agentes pueden o no hacer de un modo realista. En otras palabras, la globalización puede estar asociada con lo que Schattschneider calificó de *movilización del prejuicio*, en cuanto a que el programa y las elecciones que tienen que encarar los gobiernos, los hogares y las corporaciones están determinados por las condiciones globales (1960, p. 71).

Por consiguiente, mientras que la noción de la repercusión decisional enfoca la atención en la forma en que la globalización influye directamente en las preferencias y las elecciones de quienes toman las decisiones, la noción de la repercusión institucional pone de relieve las formas en las que las agendas organizacionales y colectivas reflejan las elecciones efectivas o la gama de elecciones disponibles como resultado de la globalización. A este respecto, ofrece una comprensión del porqué ciertas elecciones nunca pueden considerarse como opciones.

Más allá de esas consideraciones, la globalización puede tener consecuencias considerables para la distribución del poder y la riqueza dentro de los países y entre estos mismos. Las repercusiones de las distribuciones se refieren a las formas en las que la globalización modela la configuración de las fuerzas sociales (grupos, clases, colectividades) en las sociedades y entre éstas. Así, por ejemplo, el comercio puede debilitar en forma paulatina la prosperidad de algunos trabajadores, al mismo tiempo que mejora la de otros. En este contexto, algunos grupos y sociedades pueden ser más vulnerables que otros a la globalización.

⁴ "La sensibilidad implica los niveles de respuesta dentro de una estructura política, es decir, con qué rapidez los cambios en un país producen cambios onerosos en otro y cuán grandes son los efectos de los costos. La vulnerabilidad puede definirse como la responsabilidad de un actor para soportar los costos impuestos por acontecimientos externos, incluso después de que se han alterado las políticas" (Keohane y Nye, 1977, p. 12).

Por último, la globalización puede tener repercusiones estructurales discernibles, en cuanto a que condiciona las pautas de la organización y la conducta doméstica social, económica y política. Por ende, la globalización se registra dentro de las instituciones y en el funcionamiento cotidiano de las sociedades (Axford, 1995). Por ejemplo, la difusión de las concepciones occidentales del Estado moderno y de los mercados capitalistas ha condicionado el desarrollo de la mayor parte de las sociedades y de las civilizaciones en todo el planeta, y ha forzado o estimulado la adaptación de las pautas tradicionales del poder y la autoridad, generando nuevas formas de gobierno y de asignación de recursos. Las consecuencias estructurales de la globalización pueden ser visibles tanto en el corto como en el largo plazo, en los modos en que los Estados y las sociedades se adaptan a las fuerzas globales; pero, por supuesto, esa adaptación dista mucho de ser automática, en virtud de que los gobiernos, las agencias y los pueblos arbitran la globalización, la administran, la impugnan y se resisten a ella. Los Estados y las sociedades pueden mostrar varios grados de sensibilidad o de vulnerabilidad a los procesos globales, de tal manera que las pautas del ajuste estructural doméstico variarán en función de su grado y su duración.

Al evaluar la repercusión de la globalización sobre los Estados y las comunidades, es útil hacer hincapié en que los cuatro tipos de repercusiones pueden tener una relación directa sobre ellos, alterando su forma y su *modus operandi*, o una relación indirecta, cambiando el contexto y el equilibrio de las fuerzas con las cuales deben contender los Estados. Las pautas decisionales e institucionales tienden a ser directas a este respecto, aun cuando pueden tener consecuencias para las circunstancias económicas y sociales en las cuales operan los Estados. Las repercusiones distribucionales y estructurales tienden a ser indirectas pero, por supuesto, no por ello son menos significativas.

Hay otras características importantes de las formas históricas de la globalización, que es necesario distinguir. Además de las dimensiones espacio-temporales que bosquejan la forma más amplia de la globalización, hay cuatro dimensiones que delinean su perfil organizacional específico: *infraestructuras*, *institucionalización*, *estratificación* y *modos de interacción*. La definición del alcance, la intensidad, la velocidad y la tendencia de la repercusión de las redes de interconexión global implica necesariamente la definición de las infraestructuras que facilitan o contienen los flujos, las redes y las relaciones globales. Las redes no pueden existir sin alguna clase de apoyo infraestructural. Las infraestructuras pueden ser físicas, reglamentarias/jurídicas o simbólicas; por ejemplo, una infraestructura de transporte, la ley que reglamenta la guerra, o las matemáticas como el lenguaje común de la ciencia, pero en la mayor parte de los terrenos, las infraestructuras están constituidas por alguna combinación de todos estos tipos de elementos. Por ejemplo, en el terreno financiero, hay un sistema de información mundial para las conciliaciones bancarias, regulado por un régimen de reglas, normas y procedimientos

comunes, y que funciona por medio de su propio lenguaje técnico, mediante el cual se comunican sus miembros.

Las infraestructuras pueden facilitar o restringir el alcance y la intensidad de la conexión global en cualquier terreno particular. Esto se debe a que intervienen en los flujos y la conectividad: las infraestructuras influyen en el nivel general de la habilidad de interacción en cada sector y, por consiguiente, en la magnitud potencial de la interconexión global. La habilidad de la interacción, que se entiende como la escala potencial de interacción definida por las habilidades técnicas existentes, está determinada principalmente, pero no en forma exclusiva, por la habilidad tecnológica y la tecnología de las comunicaciones (Buzan y otros, 1993, p. 86). Por ejemplo, la habilidad de interacción del sistema mundial medieval, restringida, entre otras cosas, por los limitados medios de comunicación, era considerablemente menor que la de la época contemporánea, en la cual los satélites y la Internet facilitan una comunicación instantánea y casi en el tiempo real (Deibert, 1997). Por consiguiente, los cambios en la infraestructura tienen consecuencias importantes para el desarrollo y la evolución de la habilidad de interacción global.

Las condiciones infraestructurales también facilitan la *institucionalización* de las redes, los flujos y las relaciones globales. La institucionalización abarca la regularización de las pautas de interacción y, en consecuencia, su reproducción en el espacio y el tiempo. Pensar en términos de la institucionalización de las pautas de conexión global (comercio, alianzas, etc.) es reconocer las formas en las cuales las redes y las relaciones globales se regularizan y se arraigan en las prácticas y las operaciones de los actores (Estados, colectividades, familias, individuos) en cada terreno social, desde el cultural hasta el criminal (Giddens, 1979, p. 80). Por consiguiente, la institucionalización constituye una dimensión significativa adicional de las formas históricas de la globalización.

El análisis de las infraestructuras y la *institucionalización* se vinculan directamente con el aspecto del poder. Por este término nos referimos a la habilidad de los actores sociales, las agencias y las instituciones para mantener o transformar sus circunstancias, ya sean sociales o físicas; y concierne a los recursos que apuntalan esta capacidad y a las fuerzas que modelan su ejercicio e influyen en él. Por tanto, el poder es un fenómeno que se encuentra dentro de todos los grupos y entre uno y otro, instituciones y sociedades, atravesando la vida pública y privada. Aun cuando el "poder" así concebido plantea una complejidad problemática, pone de relieve de una manera útil la naturaleza del poder como una dimensión universal de la vida humana, independiente de cualquier ubicación o serie de instituciones específicas (Held, 1989, 1995).

El poder de un actor, o de un órgano o una institución, en dondequiera que esté ubicado, nunca existe aislado. El poder siempre se ejerce y los resultados políticos siempre se determinan en el contexto de las habilidades relativas de las partes.

El poder se debe comprender como un fenómeno de relaciones (Giddens, 1979, capítulo 2; Rosenau, 1980, capítulo 3). Por consiguiente, el poder expresa al mismo tiempo y de una sola vez las intenciones y los propósitos de los actores y las instituciones y el relativo equilibrio de los recursos que pueden desplegar unos respecto de otros. Con todo, el poder no se puede concebir atendiendo simplemente a lo que los actores o los órganos hacen o no hacen. Pues el poder también es un fenómeno estructural, modelado por la conducta socialmente estructurada y culturalmente modelada de los grupos y las prácticas de las organizaciones, y que a su vez las modela (Lukes, 1974, p. 22). Cualquier organización o institución puede condicionar y limitar la conducta de sus miembros. Las reglas y los recursos que engloban esas organizaciones e instituciones muy rara vez constituyen una estructura neutral para la acción, debido a que establecen pautas de poder y de autoridad y les confieren el derecho de tomar decisiones a unos y no a otros; en efecto, institucionalizan una relación de poder entre los "gobernantes" y los "gobernados", entre los "sujetos" y los "gobernadores" (McGrew, 1988, pp. 18-19).

La globalización transforma la organización, la distribución y el ejercicio del poder. A este respecto, la globalización en diferentes épocas puede asociarse con las pautas que caracterizan la *estratificación* global. Al delinear las formas históricas de la globalización, es necesario prestar una atención específica a las pautas de estratificación. En este contexto, la estratificación tiene tanto una dimensión social como una espacial: jerarquía y desigualdad, respectivamente (Falk, 1990, pp. 2-12). La jerarquía se refiere a las asimetrías en el control, el acceso y la interconexión en las redes y las infraestructuras globales, mientras que la desigualdad denota los efectos asimétricos de los procesos de globalización sobre las oportunidades de vida y el bienestar de los pueblos, las clases, las agrupaciones étnicas y los sexos. Estas categorías proporcionan un mecanismo para la identificación de las relaciones distintivas del dominio y el control globales en diferentes periodos históricos.

También hay diferencias importantes en las *formas de interacción* dominantes dentro de cada época de la globalización. Es posible distinguir, aproximadamente, entre los tipos de interacción dominantes, imperialista o coercitivo, cooperativo, competitivo y conflictivo, y los instrumentos principales del poder, por ejemplo, los instrumentos militares contra los económicos. Por consiguiente, es posible argumentar que en la época de la expansión occidental a finales del siglo XIX, el poder imperialista y el militar eran los modos y los instrumentos dominantes de la globalización, mientras que a finales del siglo XX, los instrumentos económicos, la competencia y la cooperación parecen tener precedencia sobre la fuerza militar (Morse, 1976).

En términos generales, las formas históricas de la globalización pueden analizarse según ocho dimensiones (recuadro I.1). En conjunto, todas determinan la forma de la globalización en cada época.

Recuadro I.1. Formas históricas de la globalización: dimensiones clave.

Dimensiones espacio-temporales

1. el alcance de las redes globales
2. la intensidad de la interconexión global
3. la velocidad de los flujos globales
4. la tendencia de la repercusión de la interconexión global

Dimensiones organizacionales

5. la infraestructura de la globalización
6. la institucionalización de las redes globales y del ejercicio del poder
7. la pauta de la estratificación global
8. los modos dominantes de la interacción global

Determinación de la forma de la globalización contemporánea

Con base en el marco de referencia anterior, es posible construir una tipología de la globalización. Los flujos, las redes y las relaciones globales pueden delinearse en relación con sus dimensiones espacio-temporales: alcance, intensidad, velocidad y tendencia de la repercusión. En las figuras I.1 y I.2 se establecen las relaciones entre estas cuatro dimensiones. En dichas figuras, el elevado alcance se refiere a las redes y los flujos interregionales/intercontinentales, y el bajo alcance denota redes y transacciones localizadas. En conformidad con ello, como lo indica la figura I.3, hay diferentes configuraciones posibles de estas dimensiones; los cuatro cuadrantes superiores en esta figura representan, en un extremo espacial, diferentes tipos de mundos globalizados (es decir, diferentes configuraciones de alcance, intensidad, velocidad y repercusión elevados), mientras que los cuadrantes inferiores representan, en el otro extremo espacial, diferentes configuraciones de redes localizadas. Este simple ejercicio proporciona la base para idear una tipología más sistemática de la globalización, que lleva el debate más allá del tipo económico ideal y de los modelos de "un mundo" de los escépticos y los hiper-globalizadores. Los cuatro cuadrantes superiores de la figura I.3 indican que hay una multiplicidad de formas lógicas que podrían asumir la globalización, a causa de que el elevado alcance puede combinarse con diferentes valores posibles de la intensidad, velocidad y repercusión.

Cuatro de estas formas potenciales son de un interés especial, debido a que representan los límites externos de este ejercicio tipológico, combinando la elevada intensidad con los valores más extremos de intensidad, velocidad y repercusión.

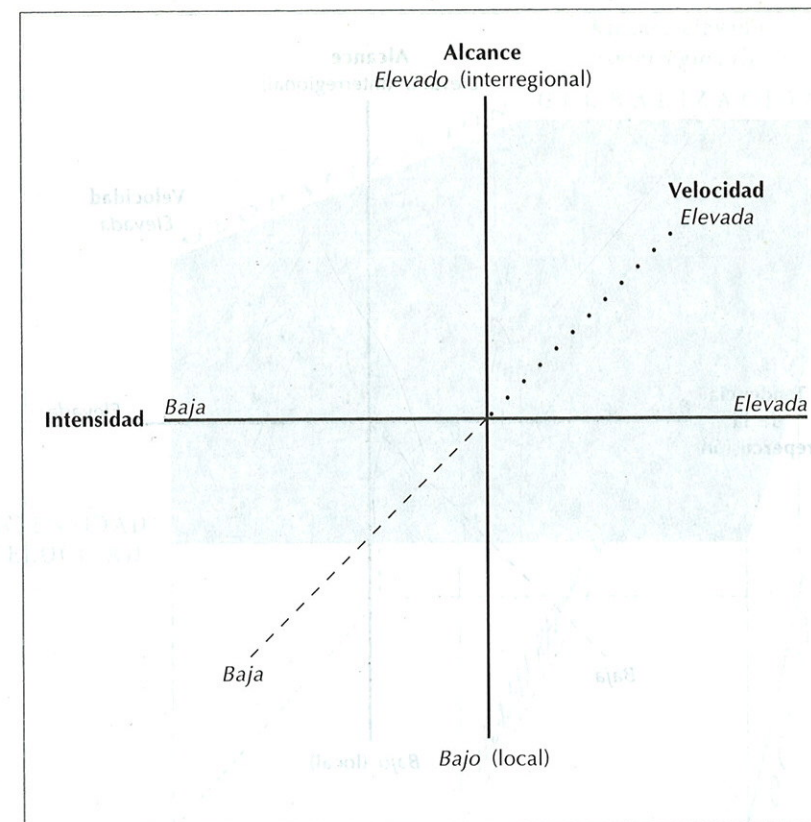


Figura I.1. Dimensiones espacio-temporales de la globalización, 1.

A este respecto, en la figura I.4 se identifican cuatro tipos lógicos distintos de globalización, que reflejan pautas muy diferentes de flujos, redes e interacciones interregionales y constituyen una simple tipología de la globalización, que muestra que no necesariamente tiene una forma fija:

- El tipo 1 representa un mundo en el cual el extenso alcance de las redes globales está igualado por su elevada intensidad, su velocidad elevada y su gran tendencia a repercutir en todos los terrenos o facetas de la vida social, desde el económico hasta el cultural. Esto se podría calificar como *globalización densa*. Para algunos escépticos, la época de los imperios globales de finales del siglo XIX se aproxima a este tipo; no obstante, como lo indica la figura I.4, hay otras formas potenciales de la globalización, entre las que ésta es sólo una.

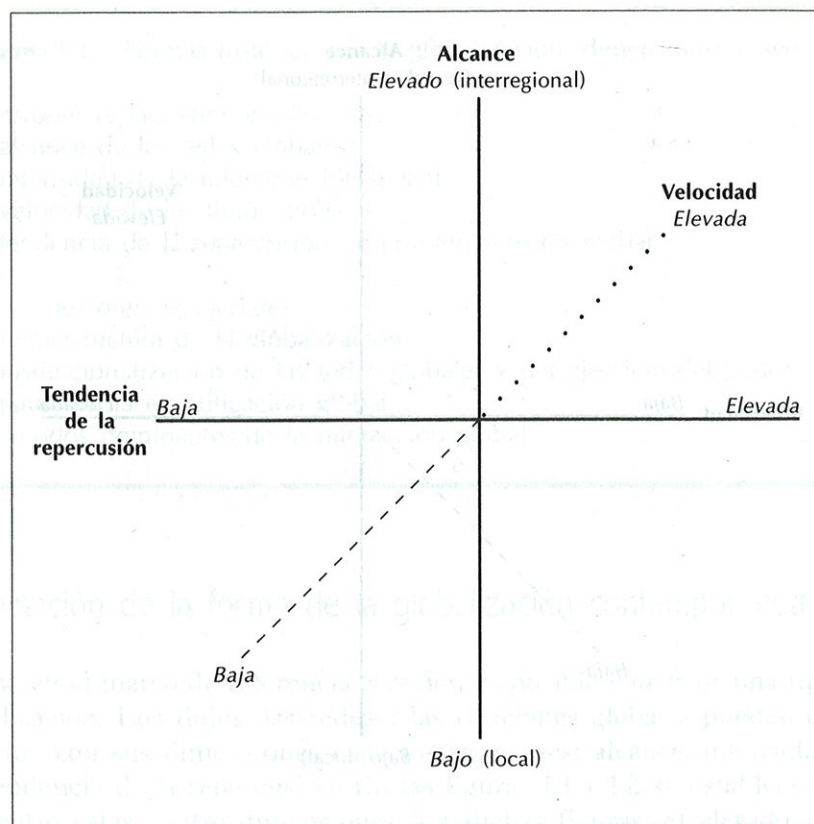


Figura 1.2. Dimensiones espacio-temporales de la globalización, 2.

- El tipo 2 se refiere a las redes globales que combinan un elevado alcance con una gran intensidad y una fuerte velocidad, pero en las cuales la tendencia de la repercusión es baja. Esto se podría calificar como *globalización difundida*, en cuanto a que sus repercusiones están grandemente mediadas y reguladas. Aun cuando no tiene equivalentes históricos, es una situación que normativamente hablando podrían encontrar deseable muchos de los que critican los excesos de la globalización económica contemporánea.
- El tipo 3 se caracteriza por el gran alcance de la interconexión global, combinada con una intensidad y una velocidad bajas, pero con una elevada tendencia a la repercusión. Esto podría calificarse como *globalización expansiva*, debido a que se define más por su alcance y repercusión que por la velocidad de los flujos. El primer periodo moderno de la expansión imperial occidental se aproxima a este tipo, en el cual los imperios europeos habían adquirido un alcance global tentativo con considerables repercusiones entre civilizaciones.

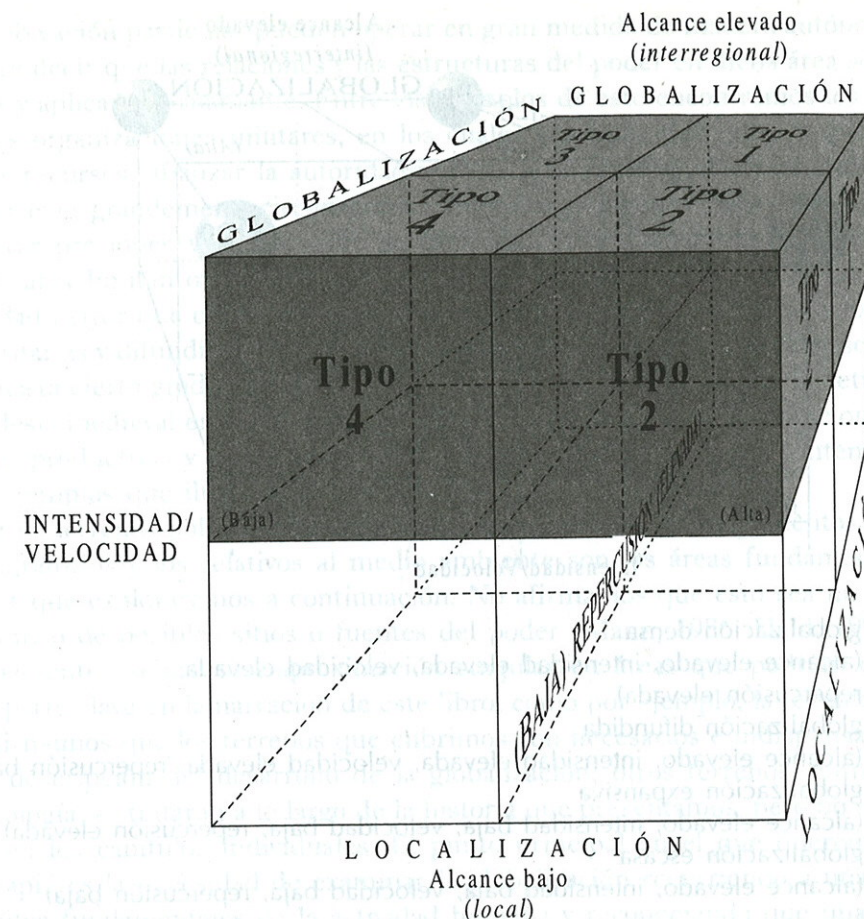
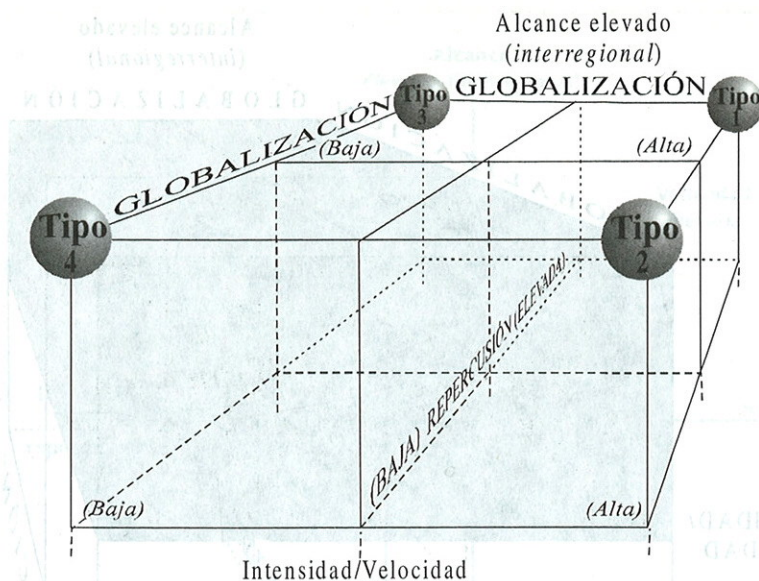


Figura 1.3. Tipos lógicos de globalización.

- El tipo 4 captura lo que se podría calificar como *globalización escasa*, en cuanto a que el elevado alcance de las redes globales no está igualado por una intensidad, una velocidad o una repercusión similares, ya que todos son bajos. Los primeros circuitos del comercio de la seda y de artículos de lujo que vincularon Europa con China y el Oriente son paralelos a este tipo.

La tipología presenta cuatro formas alternativas de concebir la globalización, pero hay muchas otras configuraciones posibles. El “experimento conceptual” que generan estos cuatro tipos puede producir una gama de otros posibles resultados, dependiendo de los valores asignados a cada dimensión espacio-temporal.



- Tipo 1 = globalización densa
(alcance elevado, intensidad elevada, velocidad elevada, repercusión elevada)
- Tipo 2 = globalización difundida
(alcance elevado, intensidad elevada, velocidad elevada, repercusión baja)
- Tipo 3 = globalización expansiva
(alcance elevado, intensidad baja, velocidad baja, repercusión elevada)
- Tipo 4 = globalización escasa
(alcance elevado, intensidad baja, velocidad baja, repercusión baja)

Figura 1.4. Una tipología de la globalización.

La tarea de los capítulos siguientes es averiguar cuál es el tipo (si lo hay) que describe de la manera más apropiada las formas históricas reales de la globalización. Como hemos tratado de argumentar, la globalización no es una condición singular ni un proceso lineal. Además, es mejor considerarla como un fenómeno sumamente diferenciado que incorpora terrenos de actividad e interacción tan diversos, como son lo político, militar, económico, cultural, migratorio y ambiental. Cada uno de estos terrenos implica diferentes modelos de relaciones y actividades. Se puede pensar en ellos como “áreas de poder”, contextos de interacción o medios organizacionales en los cuales, y por medio de los cuales, opera el poder para modelar las habilidades de acción de los pueblos y las comunidades; es decir, para modelar y circunscribir sus oportunidades efectivas, sus probabilidades de vida y sus bases de recursos. Los elementos del contexto de la interacción de

una ubicación particular pueden operar en gran medida de manera autónoma; esto quiere decir que las relaciones y las estructuras del poder en dicha área se pueden crear y aplicar internamente. Entre los ejemplos de esto encontramos los aspectos de las organizaciones militares, en los cuales las jerarquías internas pueden generar recursos, afianzar la autoridad y desarrollar poderes claros de intervención en terrenos grandemente circunscritos. Sin embargo, algunos sitios de poder pueden generar presiones y fuerzas que se extienden más allá de sus fronteras y que modelan y limitan otras ubicaciones. Ciertas redes de interacción tienen una capacidad mayor que otras para organizar relaciones sociales intensivas y extensivas, autoritarias y difundidas (Mann, 1986, capítulo 1). Estas áreas de poder se convierten hasta cierto grado en las fuentes de poder para otros sitios. La penetración de la Iglesia medieval en la vida económica, o la influencia de las corporaciones poderosas, productivas y financieras, sobre los gobiernos en la época contemporánea, son ejemplos que ilustran lo anterior.

Los terrenos político, militar, económico y cultural, los movimientos laborales y migratorios y los relativos al medio ambiente son las áreas fundamentales del poder que exploraremos a continuación. No afirmamos que esto sea un conjunto definitivo de posibles sitios o fuentes del poder (Mann, 1986; Held, 1995, p. 3). Obviamente excluye una aproximación singular en áreas que podrían constituir una parte clave en la narración de este libro, como por ejemplo, la tecnología. Pero sí afirmamos que los terrenos que cubrimos son necesarios e indispensables para una descripción del desarrollo de la globalización; otros terrenos, entre ellos la tecnología, se tratarán a lo largo de la historia que presentamos, pero no se centrarán en los capítulos individuales. El punto principal en el que queremos hacer hincapié es la necesidad de examinar la globalización recurriendo a una serie de ámbitos fundamentales de la actividad humana y reconociendo que una descripción general de la globalización no puede simplemente interpretar o predecir, con base en un área, lo que ha ocurrido o podría ocurrir en otra. Hasta la fecha, el debate acerca de la globalización con demasiada frecuencia se ha visto debilitado por las contribuciones que, por ejemplo, suponen que los cambios en la economía mundial (en relación con los mercados financieros globales o con las fuerzas competitivas globales), o en el sistema interestatal (respecto de los patrones cambiantes del gobierno regional y global), o en el medio ambiente (en relación con el calentamiento global) son típicos de los cambios que ocurren en otros terrenos de la interacción humana. Sin embargo, no hay ninguna razón justificada para suponer que cualquier terreno específico puede ejemplificar necesariamente las actividades y los patrones del cambio en otros. Es muy importante mantener separados estos terrenos diferentes y construir una descripción de la globalización y de su impacto partiendo de una comprensión de lo que está sucediendo en todos y cada uno de ellos.

En este sentido, en el libro se analizan los procesos de globalización en atención a un modelo teórico basado en el examen de varios procesos del cambio profundamente arraigados, que tienen lugar en diferentes terrenos y en diferentes periodos históricos. No los une dentro de un solo proceso, sino que los trata como procesos diferentes que operan conforme a distintos tiempos de ejecución históricos posibles, cuya interacción requiere una cuidadosa consideración, puesto que puede conducir a resultados variables y contingentes. Se resaltan los procesos, los factores y las pautas causales distintivas, más que la conjetura de una explicación unicausal. Más adelante en el libro volveremos a las implicaciones de esta aproximación diferenciada y multicausal y resumiremos su importancia en la conclusión.

La tipología de la globalización (figuras I.1-I.4) proporciona un método para describirla que evita la simplicidad de las descripciones escéptica e hiperglobalista, así como los escollos de un análisis más especulativo acerca de la dirección de las tendencias globales. A este respecto, la tipología reconoce la complejidad de la globalización, así como su contingencia histórica. No obstante, mientras una tipología así ayuda a crear una base para la comprensión de la globalización contemporánea, sólo tendrá un sentido completo en el contexto y según una indagación comparativa sistemática de las formas históricas de la globalización.

En los capítulos siguientes se utilizan los amplios elementos de este marco de referencia para describir y explicar las pautas históricas de la globalización en cada uno de los terrenos clave de la actividad humana. Lo hacen comparando las cuatro grandes épocas de la globalización: el periodo premoderno, el primer periodo moderno de la expansión occidental, la época industrial moderna y el periodo contemporáneo, desde 1945 hasta el presente. Como veremos, los principales procesos de globalización se desplegaron a lo largo de varios siglos en una forma lenta y desigual, y es difícil, si no imposible, identificar cualquier punto de partida único. Hay continuidades interesantes a lo largo de diversos periodos históricos, así como interrupciones, rupturas e inversiones. Los diferentes procesos de globalización se han desarrollado en diferentes épocas, seguidos de distintos ritmos y trayectorias. Esto se refleja en las periodicidades un tanto desiguales que se utilizan en cada capítulo de este libro. Por ejemplo, el capítulo 1 lleva la historia de la globalización política hasta los antiguos imperios. En el capítulo 2, sobre la violencia organizada y la milicia, se reflexiona en los cambios clave en la primera modernidad. En los capítulos 3 al 5 también se empieza a partir de la primera modernidad, explorando la globalización del comercio, las finanzas y la producción. El capítulo 6, sobre la migración, comienza con los primeros movimientos migratorios que poblaron el planeta; y se examinan, en particular, los movimientos que siguieron a la expansión de Europa. El capítulo 7 empieza con la globalización de la cultura a partir de la expansión del Imperio Romano y las religiones mundiales, aun cuando se hace hincapié en especial en los desarrollos de finales del siglo XIX; el capítulo 8 atiende la degradación ambiental en la segunda mitad del siglo XX, aun cuando se mencionan

periodos significativos anteriores. La conclusión une todos estos relatos históricos diferentes y examina las divergencias y las confluencias del cambio a lo largo de los primeros periodos y dominios, además de que reúne la historia de las diferentes temporalidades y explora algunas de sus principales conexiones y articulaciones. Esto último es un ejercicio importante, a causa de que la sinergia potencial entre los procesos de globalización en cada terreno puede producir su propia lógica sistémica. Aun cuando es esencial delinear la globalización en cada ámbito, también es crucial no descuidar las formas en las que la totalidad de estos flujos, redes, interacciones e interconexiones generan sus propios imperativos. Por consiguiente, la conclusión intentará integrar los relatos de la globalización en cada ámbito en una comparación más amplia de las principales formas históricas de la globalización.

Es importante insistir en que sólo después de esbozar las formas históricas de la globalización, en lo que concierne a los ámbitos clave de la actividad humana, es posible identificar el grado hasta el que hay un agrupamiento de pautas de la interconexión global en todas estas áreas. Sólo con base en un análisis de ese agrupamiento será factible deducir la forma general de la globalización contemporánea; en otras palabras: si las pautas contemporáneas del cambio global pueden describirse en una forma más apropiada como densos, escasos, expansivos, difundidos, o por alguna otra forma potencial.

Resumen

La descripción de la globalización desarrollada en los capítulos siguientes refleja y se basa en varios puntos que hemos expuesto hasta ahora en la introducción:

1. La globalización puede comprenderse mejor como un proceso o una serie de procesos, más que como una condición singular. No refleja una simple lógica de desarrollo lineal, ni prefigura una sociedad mundial o una comunidad mundial. Más bien, refleja la aparición de redes y sistemas interregionales de interacción e intercambio. En este sentido, la interconexión de los sistemas nacionales y de la sociedad en procesos globales más amplios se debe distinguir de cualquier noción de integración global.
2. El alcance espacial y la densidad de la interconexión global y transnacional teje complejas tramas y redes de relaciones entre las comunidades, los Estados, las instituciones internacionales, las organizaciones no gubernamentales y las corporaciones transnacionales que constituyen el orden global. Estas redes, que se traslapan e interaccionan, definen una estructura en evolución que les impone restricciones y al mismo tiempo da poder a las comunidades, los Estados y las fuerzas sociales. A este respecto, la globalización es semejante a un proceso de "estructuración", en cuanto a que es producto

tanto de las acciones individuales de incontables actores e instituciones en todo el globo, como de las acciones acumulativas entre ellas (Giddens, 1981; Buzan y otros, 1993; Nierop, 1994; Jervis, 1997). La globalización está asociada con una estructura global dinámica en evolución, que faculta y restringe. Pero también es una estructura altamente estratificada, puesto que la globalización es profundamente desigual: refleja las pautas existentes de desigualdad y jerarquía y al mismo tiempo genera nuevas pautas de inclusión y exclusión, nuevos ganadores y perdedores (Hurrell y Woods, 1995). Por consiguiente, la globalización puede comprenderse como si comprendiera procesos de estructuración y estratificación.

3. Son muy pocas las áreas de la vida social que escapan de la esfera de acción de los procesos de globalización. Éstos se reflejan en todos los terrenos sociales, desde el cultural hasta el económico, político, legal, militar y ambiental. La globalización se comprende mejor como un fenómeno social de múltiples facetas o diferenciado. No se puede concebir como una condición singular, sino que más bien se refiere a las pautas de la creciente interconexión global dentro de todos los ámbitos clave de la actividad social. Por consiguiente, para comprender la dinámica y las consecuencias de la globalización, se requiere cierto conocimiento de las pautas diferenciales de la interconexión global en cada uno de estos ámbitos. Por ejemplo, las pautas de la interconexión ecológica global son muy diferentes de las pautas de la interacción cultural o militar global. Cualquier descripción general de los procesos de globalización debe reconocer que, lejos de ser una condición singular, se concibe mejor como un proceso diferenciado y de múltiples facetas.

4. Al operar a través de las fronteras políticas y gracias a ellas, la globalización está asociada tanto con la desterritorialización como con la reterritorialización del espacio socioeconómico y político. Las actividades sociales y políticas ya no se organizan principal o exclusivamente conforme a un principio territorial, debido a que se están "extendiendo" cada vez más por todo el planeta; pueden estar arraigadas en localidades particulares, pero desarraigadas territorialmente. Bajo el condicionamiento de la globalización, el espacio político, social y económico "local", "nacional" e incluso "continental" se reforma de tal manera que ya no es necesariamente confinante con fronteras legales y territoriales establecidas. Por otra parte, a medida que se intensifica la globalización, genera presiones hacia una reterritorialización de la actividad económica, bajo la forma de zonas subnacionales, regionales y supranacionales, mecanismos de gobierno y complejos culturales. También puede reforzar la "localización" y la "nacionalización" de las sociedades. En efecto, la globalización implica una desterritorialización y una

reterritorialización complejas del poder político y económico. A este respecto, se describe mejor con *aterritorial*.

5. La globalización condiciona el nivel de expansión en el que está organizado el poder y en el que se ejerce, es decir, el extenso alcance espacial de las redes y los circuitos de poder. De hecho, el poder es un atributo fundamental de la globalización. En un sistema global cada vez más interconectado, el ejercicio del poder por medio de las decisiones, acciones o no acciones de los actores en un continente puede tener consecuencias significativas para las naciones, las comunidades y los hogares en otros continentes. Las relaciones de poder están profundamente inscritas en los procesos mismos de la globalización. De hecho, la ampliación de las relaciones de poder significa que las áreas del poder y el ejercicio del poder están cada vez más distantes de los sujetos o de las localidades que experimentan sus consecuencias. A este respecto, la globalización implica la estructuración y reestructuración de las relaciones de poder a distancia. Las pautas de la estratificación global arbitran el acceso a las áreas del poder, mientras que las elites en las principales áreas metropolitanas del mundo están integradas mucho más estrechamente en las redes globales y tienen un control mucho mayor sobre ellas que los agricultores de Burundi, que luchan por su subsistencia.

Los aspectos anteriores ayudan a aclarar el significado de la globalización en formas muy específicas. En particular, atraen la atención hacia los peligros de anular la globalización con conceptos tales como interdependencia, integración, universalismo y convergencia. Mientras que el concepto de interdependencia supone relaciones de poder simétricas entre los actores sociales o políticos, el concepto de globalización deja abierta la posibilidad de la jerarquía y la desigualdad; es decir, un proceso de estratificación global. La integración también tiene un significado muy específico, puesto que se refiere a los procesos de unificación económica y política que prefiguran un sentido de comunidad, de destinos e instituciones o gobierno compartidos. Como observamos anteriormente, la noción de la globalización como la precursora de una sola sociedad o comunidad mundial tiene muchas fallas. También las tiene la asociación de la globalización con el "universalismo", debido a que es obvio que lo global no es sinónimo de lo universal; no todos los pueblos o las comunidades experimentan la interconexión global en el mismo grado, o incluso en la misma forma. En este sentido, también debe distinguirse de la convergencia, debido a que no supone una homogeneidad o una armonía crecientes. Por el contrario, como han sostenido tanto Bull como Buzan, la creciente interconexión puede ser tanto una fuente de un conflicto intenso (más que de cooperación) como un producto de temores compartidos y animosidades profundamente arraigadas (Bull, 1977; Buzan, 1991).

El texto

En el libro se empieza por explorar la globalización política (capítulo 1). Hay varias razones para iniciar la obra aquí. En primer lugar, los Estados y los imperios expansionistas han estado muy activos en la creación de vínculos regionales y globales y son elementos importantes de las formas históricas cambiantes de la globalización. En segundo lugar, los diferentes tipos de Estados han creado formas distintivas de espacio territorial, desde fronteras indefinidas hasta fronteras rigidamente organizadas, lo que ha modelado y arbitrado las pautas de las relaciones, las redes y los flujos regionales y globales. En tercer lugar, una forma particular del gobierno político, el Estado-nación moderno y contemporáneo, ha alterado profundamente la naturaleza, la forma y las perspectivas de la globalización; esto se debe a que el desarrollo del moderno Estado-nación localizó la actividad política en la acción de los gobiernos nacionales y en su derecho a la soberanía, la autonomía y las formas distintivas de responsabilidad dentro de un territorio limitado. Vale la pena ahondar por un momento en este último aspecto.

Los modernos Estados-nación, como veremos en los capítulos 1 y 2, se distinguen de las formas previas de gobierno político al afirmar una simetría y correspondencia apropiadas entre soberanía, territorio, legitimidad y, con el paso de los siglos XIX y XX, democracia. El concepto de soberanía contiene una afirmación característica del ejercicio legítimo del poder político sobre un territorio definido (Skinner, 1978, tomo 2; Held, 1995, capítulo 2), y trata de especificar la autoridad política dentro de una comunidad que tiene el derecho a determinar la estructura de las normas, regulaciones y políticas dentro de un territorio determinado y de gobernar conforme a ellas. Sin embargo, al pensar en la repercusión de la globalización sobre el moderno Estado-nación, necesitamos distinguir entre la afirmación de la soberanía, el derecho de gobernar sobre un territorio determinado, y la autonomía del Estado, el poder real que posee el Estado-nación para articular y lograr metas políticas en una forma independiente. En efecto, la autonomía del Estado se refiere a la habilidad de los representantes, los gerentes y las agencias del Estado para articular y buscar sus preferencias políticas, aun cuando en ocasiones puedan estar en conflicto con los dictados de las fuerzas y las condiciones sociales internacionales y domésticas (Nordlinger, 1981). Además, según el grado en que los modernos Estados-nación sean democráticos, se supone que la soberanía y la autonomía están arraigadas dentro de la estructura territorialmente organizada del gobierno democrático liberal y son congruentes con ella: "los gobernantes", es decir, los representantes elegidos, son responsables ante "los gobernados", o sea la ciudadanía, dentro de un territorio delimitado. En efecto, hay una "comunidad de destino nacional" en la cual la participación de la comunidad política se define en función de los pueblos dentro de las fronteras territoriales del

Estado-nación, y esta comunidad se convierte en el sitio apropiado y en el hogar de la política democrática.

Para muchos de los que participan en el debate sobre la globalización y sus consecuencias, la sola densidad y la escala de la actividad económica, social y política parecen hacer que las formas territoriales de la política sean cada vez más impotentes. En las sociedades occidentales, esta percepción está vinculada con las ansiedades respecto de la menguante eficacia del gobierno, la creciente fragmentación de las comunidades cívicas y, a pesar del fin de la Guerra fría, la inseguridad personal cada vez mayor. No importa si son reales o imaginarias, estas ansiedades reflejan un "temor de que, individual y colectivamente, estamos perdiendo el control de las fuerzas que gobiernan nuestras vidas" (Sandel, 1996, p. 3). Por consiguiente, los hiperglobalizadores y los transformacionistas sostienen que la globalización entreteje, en sistemas altamente complejos y abstractos, el destino de familias, comunidades y pueblos en regiones distantes del planeta, de tal suerte que las "comunidades del destino" no se pueden identificar exclusivamente en términos nacionales o territoriales. La implicación es que, en condiciones de globalización, no podemos comprender la naturaleza y las posibilidades de la comunidad política refiriéndonos simplemente a las estructuras nacionales.

Por supuesto, es esencial reconocer que la soberanía, particularmente en su sentido legal, sólo se erosiona cuando la desplazan formas independientes, "más elevadas", o ambas, de autoridad legal o jurídica que reducen la base legítima de la toma de decisiones a una forma de gobierno nacional. Para los hiperglobalizadores y los transformacionistas, la idea misma del Estado soberano, como unidad independiente que se gobierna a sí misma y dirige su propio futuro, ocupa un lugar incómodo al lado de la globalización de la producción y el intercambio económicos, la creciente importancia de los regímenes internacionales, la interacción legal y las instituciones globales, la internacionalización de la política doméstica y la domesticación de la política internacional. La globalización plantea la pregunta de si las pautas globales y regionales de la interconexión están desplazando a las "nociones de la soberanía como una forma ilimitable, indivisible y exclusiva del poder público", de tal manera que "hoy en día la soberanía se debe concebir como si ya estuviera dividida entre varios actores, nacionales, regionales e internacionales y limitada por la naturaleza misma de esta pluralidad" (Held, 1991, p. 222).

Sin embargo, aun cuando la globalización puede restringir lo que pueden hacer los gobiernos, los escépticos replican que éstos de ninguna manera están inmovilizados y que su soberanía no se erosiona necesariamente. Además, la globalización tiene impactos en diferentes niveles; sus consecuencias políticas varían considerablemente entre los Estados, así como a través de los diferentes sectores de la política. El hecho de si la globalización implica una disminución general, un mejoramiento o una transformación de la soberanía y la autonomía de los Estados sigue

siendo un tema de controversia. Por consiguiente, en los capítulos siguientes veremos repetidas veces a este tema.

El bosquejo de la forma y de las consecuencias políticas de la globalización es el objetivo clave de los siguientes capítulos, pero la gama de Estados que se tomará en cuenta estará restringida en primer lugar y antes que nada a los Estados en las sociedades capitalistas avanzadas (EESCA). Hay dos justificaciones para limitar la indagación de esta manera. En primer lugar, si la globalización tiene una repercusión sobre la condición del Estado soberano, los EESCA, como el principal modelo y el lugar de la condición de Estado moderno, son los que proporcionan la prueba más fuerte de sus ramificaciones políticas. En segundo lugar, en el debate de la globalización, los hiperglobalizadores, los transformacionalistas y los escépticos hacen afirmaciones radicalmente diferentes acerca del destino de los EESCA. Este estudio trata de evaluar estas afirmaciones concurrentes. Sin embargo, lo hace concentrándose en la indagación de seis EESCA específicos, a saber, Estados Unidos de América, Reino Unido, Suecia, Francia, Alemania y Japón. Se ha seleccionado esta configuración particular de Estados a causa de las diferencias y los aspectos comunes entre ellos a lo largo de una gama de variables, incluidas sus posiciones en la jerarquía interestatal, las estructuras y culturas políticas domésticas, las posturas de la política extranjera y de la defensa, los niveles de interconexión global, las estructuras industriales y económicas y el desempeño y las estrategias para ajustarse a la globalización (apéndice metodológico). En conformidad con lo anterior, en la penúltima sección y la conclusión de los capítulos siguientes se tratará de relacionar el análisis de la forma y la historia de la globalización en cada ámbito con el destino de los seis EESCA. Esto implicará una exploración específica de sus diferentes niveles de interconexión global en cada área y un examen de sus implicaciones para la soberanía y la autonomía del Estado. El propósito primordial de este análisis es proporcionar una comprensión más sistemática de la naturaleza y las consecuencias políticas en niveles diferentes de la globalización contemporánea. Con el propósito de establecer comparaciones, nos referiremos a otros Estados, en particular a aquéllos con economías en vías de desarrollo y sólo cuando sea pertinente.

Las partes del libro se unirán en el último capítulo en el que, como observamos anteriormente, se tratará de ofrecer una descripción sistemática y una evaluación de la forma de la globalización contemporánea. En este capítulo se concluirá con una evaluación de las implicaciones de la globalización para la soberanía y la autonomía de los EESCA, y llevará el debate de la globalización hacia un territorio normativo, explorando algunos de los retos intelectuales, institucionales y políticos clave que genera. En particular, se hará cargo directamente del fatalismo político que rodea gran parte del análisis de la globalización contemporánea con un programa normativo que elabora las posibilidades para democratizar y civilizar el despliegue de la "transformación global".

Transformaciones globales

Política, economía y cultura